Cuqui Vázquez

A decir verdad

ediciones línea breve

A decir verdad

Cuqui Vázquez

A decir verdad

edidones línea breve

A decir verdad

de Cuqui Vázquez
Primera edición digital, enero de 2023

© 2023, Cuqui Vázquez
© 2023, Ediciones Línea Breve

Diseño: Carlos Alfonso Flores Flores
Coordinación: Carlos Flores Revuelta

Queda prohibida la reproducción total o parcial del contenido de esta obra sin la previa autorización del autor y/o editorial.

A mi hija Luisana, la luz de mis ojos.
A Juan Carlos el hijo que Dios me regaló.
A mis amados nietos Carlitos y Lázaro.

PRÓLOGO

"La historia no es como reamente sucedió,
sino como cada uno la recuerda."

Todos tenemos una historia que contar, yo tengo la mía, esa historia tejida en un antiguo barrio alegre, poblado por individuos que fueron formando familias entre sí. De una manera o de otra todos éramos parientes o al menos conocidos de toda la vida. Además de las festividades tradicionales como el día de muertos o la Navidad, compartíamos celebraciones personales, bodas, primeras comuniones y bautizos que nos convertían en compadres, comprometidos de por vida a velar por el bienestar de unos y de otros.

Había un vínculo más que nos hermanaba en la desgracia, la siempre presente amenaza de las crecientes del río Bravo, a cuya rivera se alzaba nuestro pueblo. Ese falso engañoso que nos dejaba un día nadar en sus aguas como el más seguro y manso, y al día siguiente nos hacía correr a las partes altas para salvar la vida.

Piedras Negras debía su nombre al haber sido levantado sobre un manto de carbón oculto en las entrañas, cuya dimensión en aquel entonces no era bien conocida.

Además, éramos fronterizos, el río Bravo marcaba la guardarraya de agua corriente entre Texas y Coahuila. Los habitantes de Eagle Pass Texas, eran en muchas ocasiones familia extendida cuyos miembros por una u otra razón emigraron y se instalaron a vivir del otro lado, como era común referirse a los que vivían en la vecina población.

El clima extremo de la región nos obligaba a prepararnos tanto para el invierno con suficiente leña y

ropa adecuada, como para el verano, cuando el sol canicular hacía que los pájaros cayeran fulminados en pleno vuelo.

Se convivía con naturalidad entre pobres y ricos, los niños asistíamos a la misma escuela y los mayores a la misma iglesia, se conocían por su nombre de pila y en no pocas ocasiones se emparentaban unos con otros. El amor, cuya fuerza es incontenible, hizo que en ocasiones se olvidara cuánto dinero había acumulado en el banco y el padre de una señorita nacida en pañales de seda accediera a que ésta se casara con un hombre que no había tenido esa suerte, o viceversa.

De vez en cuando llegaba algún forastero cuya presencia alteraba la paz y alejaba un poco el aburrimiento. Atisbar a través de las ventanas era cosa de todos los días, era de esa manera como todos nos enterábamos de los secretos ocultos de unos y de otros, típico de un pueblo como el nuestro.

A nosotros como familia, un evento desafortunado y totalmente inesperado nos marcó para siempre. La muerte de mi padre a sus 42 años, víctima de una enfermedad de la cual muy poco se sabía en esos años, hecho que sumió en la oscuridad de la pena a mi familia y nos vimos obligados a enfrentar días de gran incertidumbre.

La vida familiar se redujo entonces a la presencia de mi madre como cabeza de familia y de mi abuela paterna, con muy poca formación escolar que no restaba ni un ápice a su sabiduría y su gran corazón.

En esas circunstancias mis hermanos y yo, crecimos sin perder la sonrisa inocente de los niños que no dimensionan bien las desgracias y rápido se recuperan de ellas.

A decir verdad, las historias que aquí cuento son todas rescatadas de mi memoria cuya exactitud soy la primera en poner en duda, sin embargo, yo no hubiera

podido escribir ni una sola de ellas si los personajes que poblaron mi niñez no hubieran sido de carne y huesos.

Los aromas, los sonidos y las características que ambientaron mi niñez siguen estando presentes hasta el día de hoy, me basta con cerrar los ojos.

A
decir
verdad

1954
(la devastación)

La muerte de papá a los 42 años dejó a nuestra familia devastada.

Todo comenzó con un malestar que con el paso de los días, fue empeorando. En tres meses papá quedó en los huesos, de su figura imponente no quedaba casi nada, la enfermedad maligna invadió sus órganos vitales y la muerte ganó la partida.

De un día para otro mis hermanos y yo nos convertimos en huérfanos, mi madre en viuda y mi abuela perdió a su hijo mayor.

Mamá se volvió distante, pasaba los días enteros sin que me hiciera una caricia, ni a mí ni a mis hermanos. Vestida de luto riguroso parecía mayor, dejó de maquillarse y en la frente le apareció una arruga pronunciada que no tenía cuando papá vivía. A cada momento su voz se quebraba por el llanto. Por las noches deambulaba en el jardín como un fantasma.

Todos perdimos la sonrisa, mi abuela se vistió de negro y no soltaba el rosario, entre lágrimas cuidaba de nosotros. Se encargaba de dirigir los quehaceres ayudada por la fiel Virginia quien servía en la casa desde joven y era como de la familia. Con frecuencia se daban un abrazo y lloraban juntas.

Yo no entendía bien ese misterio de la muerte y esperé el regreso de papá por mucho tiempo. Sentada ahí, en el tercer escalón de la entrada de mi casa, clavaba la vista al final de la calle hasta que me dolían los ojos, con la esperanza de que pronto lo vería llegar y todo volvería a ser como antes. Al pasar de los días me tuve que dar por vencida. Papá no volvería.

Un velo de tristeza cubrió nuestro hogar, el pe-

rro pastor alemán, compañero eterno de mi padre murió 15 días después echado bajo el nogal, se negó a comer y beber agua hasta que lo enterramos. Lo llevamos al río Bravo donde tantas veces acompañó a papá, cavamos una tumba y le pusimos una cruz con su nombre: *Lobo*.

Pasaron los meses y después del sacudón que nos dejó a todos con un agujero en el pecho, la casa fue recobrando su ritmo habitual, mamá haciendo milagros para sacar adelante la economía, mi abuela ayudando en todo lo que podía y nosotros atolondrados aún por la ausencia de papá, haciendo lo posible por no dar problemas.

Un vecino trajo como regalo, un cachorro para sustituir a *Lobo*, decidimos ponerle el mismo nombre.

El mes de junio, 6 meses después de la muerte de mi padre, se presentó con intensa lluvia en toda la región. Grandes tormentas se abatieron sobre distintos lugares de la sierra, las presas estaban a tope y no dejaba de llover, los arroyos tributarios del río Bravo, estaban desbordados.

El 27 de junio, se declaró la alerta, las autoridades invitaban a la población a alejarse del río, una venida de agua podía ser repentina y había que evitar accidentes. Mi abuela estaba atenta a las noticias por la radio que mantenía encendida todo el día y hasta bien entrada la noche.

Nosotros, acostumbrados a las crecidas menores, nos entreteníamos poniendo una rama en la orilla del río viendo como en un momento la rama desaparecía tapada por la corriente que seguía subiendo, hasta que recibimos la orden terminante de mamá prohibiendo que nos acercáramos al borde del agua.

El 28 de junio de 1954 por la tarde, el ejército tomó el control de la situación y ordenó la evacuación inmediata de la población. En medio de la lluvia toca-

ron puerta por puerta y en camiones de redilas fueron sacando a la gente que, incrédula y preocupada por dejar sus casas, salía solo con lo puesto y algunas cosas de valor, si es que las tenían.

Mamá nos reunió en la sala junto con mi abuela y Virginia.

—No se asusten, tenemos que dejar la casa por unas horas, solo mientras pasa el peligro. El río nunca ha subido hasta aquí, mañana estaremos de regreso ya verán, estén atentos y no se me separen.

Tony, tú eres el mayor, ayúdame a cuidar de tus hermanos, los soldados ya vienen, nos llevarán en un camión a una parte alta donde pasaremos la noche y estaremos todos bien.

Luego dio instrucciones a Virginia para que pusiera algo de comida y agua para llevar. Tocaron muy fuerte en la puerta. Eran los soldados que nos apuraban a subir a un camión casi lleno de gente. Vimos un coche que se abría camino por la calle a bocinazos, era mi padrino Benjamín Chuck.

—Comadre, gracias a Dios que aún están aquí. Vengo por ustedes, suban al auto, el agua está por llegar no hay tiempo para nada, salgamos.

Subimos al auto y partimos en medio de aquel caos sorteando la gente que corría, camiones del ejército y autos mal estacionados. Unas cuadras adelante, un hombre parado en medio de la calle agitaba los brazos con desesperación para que nuestro auto se detuviera. A gritos pidió a mi padrino que llevara a su familia a una parte alta. Cinco personas, tres adultos y dos niños parados en la banqueta, chorreando de agua por la lluvia que arreciaba, esperaban la respuesta mirándonos con angustia. No cabía ni uno más. Mi padrino Benjamín abrió la puerta y empujó a los dos niños dentro del auto.

—Volveré por ustedes, le dijo al hombre que so-

lo atinó a abrir la boca.

El agua ya venía por las calles, el bordo de la defensa se había roto y la corriente entraba rugiendo abriéndose paso sembrando muerte y destrucción.

Dentro del auto íbamos todos amontonados, golpeándonos unos con otros sin quejarnos, mientras el carro daba tumbos en una carrera loca por un camino de terracería convertido en un lodazal. Al fin, divisamos la casa de mi padrino que estaba en una loma alta. Al llegar vimos el jardín transformado en campamento.

Familias completas se habían instalado bajo los árboles en tiendas de campaña improvisadas para resguardarse. Había un silencio extraño, iluminado por lámparas de gas y roto por el llanto de un niño. Cruzamos el patio uno detrás de otro con mi padrino al frente y mi madre al final. Se nos asignó en una recámara dentro de la casa, mamá, Virginia y la abuela extendieron unas mantas en el piso para que descansáramos. Había anochecido.

Al día siguiente, ante el asombro de todos la ciudad amaneció cubierta por el agua.

Las noticias eran desalentadoras, mucha gente se había negado a salir para no dejar sus pertenencias y cuando lo quisieron hacer fue demasiado tarde, arrastrados por la furia de la corriente murieron ahogados. El agua había llegado hasta dos cuadras antes de donde nosotros estábamos, familias enteras habían desaparecido, las pérdidas materiales eran incalculables, no había luz, no había agua, no había hospitales, no había quedado nada, todo estaba inundado. Los hombres estaban desesperados y las mujeres preocupadas, la comida y el agua potable escaseaban y no había medicinas para los enfermos, la impotencia hacía presa de todos y seguía lloviendo.

La primera ayuda que recibimos, fue de nuestro

país vecino, helicópteros sobrevolando el lugar dejaron caer cajas suspendidas en pequeños paracaídas que bajaban lentamente balanceándose en el aire.

Contenían agua y alimentos que los niños recibíamos felices en medio de una algarabía, inconscientes de la tragedia.

Los dos pequeños que habíamos recogido en el camino, quedaron encargados con unas monjas que igual que todos habían salido del convento para salvar la vida.

Cuando el agua bajó y pudimos regresar a casa, el panorama era desolador. Nuestro querido barrio en el cual habíamos nacido, quedó convertido en un campo de batalla. Con el lodo hasta las rodillas, avanzando con dificultad entre la lluvia que seguía, llegamos a la puerta de la casa que casi no reconocimos. El impacto nos hizo enmudecer.

Una parte de nuestra casa se había derrumbado y podíamos ver el interior como si se le vieran las tripas, muebles volteados patas arriba, cortinas hechas jirones, ropa, zapatos, todo en un desorden de pesadilla.

Escuché a mi abuela exclamar con un hilo de voz —¡Madre Santísima!

A mamá se le doblaron las rodillas y cayó al piso. Después de un largo silencio se levantó tambaleante, sacudiéndose la falda sonrió con una mueca y dijo: —mira Tony, ahí está tu guitarra hijo, colgada en la pared donde la dejaste. El agua no se la llevó.

Por fin paró de llover, un rayo esperanzador del primer sol después de interminables días de lluvia se filtró entre el follaje de los nogales.

El agua se retiró y el río volvió a su cauce dejando devastación y olor a muerte.

La mayoría de las familias, había perdido a alguien, nosotros estábamos completos. Al anochecer, se

encendían lámparas de gas en los patios y se rezaban rosarios por las ánimas de los ahogados.

La calle se llenaba de sombras largas y yo no estaba segura si eran de vivos o muertos que aún no terminaban de irse vagando por el barrio.

Mi abuela dijo que era cosa de mi imaginación. Yo creía que eran almas errantes por no haber recibido la extremaunción y que habían muerto tan rápido que no se habían dado cuenta que ya no pertenecían a este mundo.

Aprendí a rezar La Magnífica, orábamos todas las noches para ayudar a las almas extraviadas a llegar a su destino. También por los que quedamos vivos para no perder la esperanza.

Con la presencia del ejército, se implantó el toque de queda para evitar los robos en las casas que quedaron solas. A cierta hora ya no había nadie en la calle, ni vivos, ni muertos.

Tan pronto como oscurecía, me pegaba a las faldas de mamá. Dormíamos a la intemperie en camas improvisadas bajo los nogales, a la luz de la luna y las estrellas. Las aves nocturnas que habían tenido sus nidos en los barrancos cercanos al río, perdieron sus casas igual que nosotros y pasaban la noche en árboles cercanos. Escuchábamos el canto de los búhos y las lechuzas.

Producían un sonido como de carcajada que hacía que la piel se me erizara y me abrazara a mamá. Antes de cerrar los ojos, le pedía a Dios que el río no se desbordara nuevamente. El croar de las ranas a lo lejos, me sonaba a recordatorio.

Mi madre, hizo arreglos con vecinos para que le ayudaran a sacar el lodo de la casa a cambio de darles de comer. La mayoría de las mujeres que tenían esposo, se habían quedado en lugares seguros, hasta que sus casas estuvieran habitables. Mamá, no se podía dar

ese lujo.

Durante mucho tiempo todos nos veíamos iguales, pobres y ricos, viejos y jóvenes, cubiertos por el lodo parecíamos hechos todos de lo mismo.

A diario, mi madre se afanaba cocinando en un horno improvisado con ladrillos y una lámina.

Temprano, salía a buscar comida, regresaba cargada con las bolsas de lo poco que se podía comprar y se ponía a hacer milagros como ella misma decía.

Cada día era más difícil conseguir alimentos, los caminos y carreteras estaban intransitables y la comida tardaba en llegar, todo estaba encarecido, el poco dinero no era suficiente.

En una ocasión, pasaron dos días sin que se pudiera conseguir nada; al tercer día por fin uno de los vecinos, un jovencito muy inquieto, llegó diciendo que había encontrado un poco de harina de maíz, algunos tomates rojos, cebollas y chiles que entregó a mamá.

En eso estaba cuando llegó un policía acalorado, secándose el sudor de la frente con un pañuelo sucio, resoplando dijo que buscaba al joven que había robado en el mercado.

Mamá, sin pensarlo dos veces, sacó el dinero que le quedaba, le dijo al uniformado que todo había sido una confusión, que disculpara que por la prisa había olvidado pagar, pero que ahí estaba el dinero.

El hombre le arrebató el billete se dio la vuelta y se fue sin indagar nada más. Mi madre respiró aliviada; sin reproches puso manos a la obra rogando que como en el milagro de los panes, los ingredientes se multiplicaran y pudiera rendir suficiente para saciar el hambre de todos. En un momento de inspiración, cocino por primera vez lo que con los años, sería nuestra mejor receta de familia las "Gorditas Migadas."

Alcanzó para todos, entre risas y bromas tuvimos una cena inolvidable, después nos pusimos a can-

tar a la luz de la luna *"soy un pobre venadito que habita en la serranía…"*

Mamá, un poco alejada del grupo, acomodó dos ladrillos en el piso y se sentó a comer la única gordita que quedaba con una expresión de absoluta dignidad en su rostro.

El tiempo como gran aliado de todos, poco a poco fue borrando la tragedia que se llevó casi todo, solo quedaron en nuestro corazón y para siempre el recuerdo nuestros difuntos de antes y después de la creciente, la muerte no tuvo la última palabra, porque el amor es más fuerte que la muerte.

SI MIS PAREDES HABLARAN
(la casa)

Soy parte del paisaje de este barrio, fundado hace más de cien años a la orilla del río Bravo.

Mis paredes blanqueadas, hechas de ladrillo y piedra, igual que mi techo de zinc, crujen por las noches como huesos de vieja.

Al rayar el alba, los gorriones huéspedes anidados a voluntad en el punto más alto de mis techos, comienzan el vuelo de supervivencia, despertando con sus trinos a los habitantes que existen en mis recovecos; mientras sus crías pían demandantes sin descanso, sacando la cabecita calva aún, por el borde del nido de paja.

Arañas saltarinas, incansables tejedoras, comienzan su tarea rigurosa, cubren las esquinas de mis aleros con brillantes telas, bellos encajes tramposos donde las avispas amarillas quedan atrapadas, encontrando una muerte inesperada y lenta.

Oigo el sonido monótono y tenaz del pájaro carpintero que habita en el viejo nogal, marcando cronométrico los últimos instantes de vida de su presa, alguna oruga agazapada bajo la dura costra del tronco.

Escucho día tras día, el puntual silbato del tren de las 7:30, que ostenta su viajar provocando estampidas de palomas, mientras yo me siento feliz de mi arraigo forzoso.

Sé de tormentas con vientos huracanados que forman torbellinos amenazantes para mi viejo techo de lámina, pero también sé de lluvias mansas, benéficas, las que se esperan como bendición para que los campos prosperen y den fruto abundante.

Por las mañanas, la luz danzarina de los prime-

ros rayos del sol entra por mis ventanas que dan hacia el oriente. Pasa a través de las cortinas de muselina creando destellos vivos sobre los fierros relucientes de la maquina Singer de pedal, colocada en la más espaciosa de mis habitaciones.

Conforme el día avanza, la claridad se cuela a las recámaras. Refleja hasta el infinito en la doble luna de los armarios, las camas de latón y las mesitas de noche, donde descansan imágenes de santos con sus florecitas de artificio colocadas en búcaros de talavera.

Mis pisos de loza de barro, adquieren la apariencia de estar humedecidos al ser tocados por la luz solar.

Durante el invierno, la chimenea encendida en la cocina, me perfuma con el aroma de la leña de mezquite; el calor corre por mis paredes aliviando mis entumecidos cimientos, mientras la risa de mis moradores sentados al lado del fuego, alegra mis entrañas de ladrillo y piedra.

Mis muros han sido cómplices acallando suspiros de amor en las noches de luna, pobladas de cantos de grillos y silencio de luciérnagas.

Toda entera he sido estremecida por el llanto estridente de un recién nacido, reclamando su derecho a estar en este mundo.

Me han engalanado para celebraciones, bodas, bautizos, aniversarios.

He sido testigo de la tristeza de mis moradores, postrados ante féretros flanqueados por cirios parpadeantes, llorando a gritos.

Muchas historias, se han escrito dentro de mis recintos, algunas dichas en susurros a puerta cerrada y ventanas con la tranca puesta.

¡Ah! si mis paredes hablaran… pero no, no puedo contar todo, también tengo secretos bien guardados, me gusta sentirme cómplice, misteriosa.

Algunos de esos secretos se los ha llevado el agua, la del río Bravo, manso engañoso que cuando menos lo espero ha subido hasta aquí, hasta donde yo estoy creyéndome inalcanzable, encaramada en el barranco.

Sube de a poco, ladino, haciéndome creer que solo es una crecida sin consecuencias, para que de la noche a la mañana sus aguas lo cubran todo, las vegas con el ganado, los patios con sus huertos y llegan turbias, espumosas, invadiendo las columnas de cemento del puente internacional.

Torna su paisaje de aguas cristalinas y mansas corriendo sobre piedras lajas y se convierte en piélago de remolinos oscuros y traicioneros.

Si las aguas suben hasta el puente, también llegan hasta mis cimientos, hay que resistir.

El aire se envenena con el tufo de animales muertos, ahogados.

Cuando estoy bajo el agua, siento nostalgia por los días buenos, entonces recurro a la memoria que me los devuelve intactos.

Mientras el agua permanece el tiempo se detiene, el aire se queda inmóvil y el río Bravo es el protagonista de todo. Poco tiempo después se muestra misericordioso ante los rostros asustados y la amenaza se disuelve, como un mal sueño.

Resisto la creciente erguida, firme, con la dignidad intacta. El agua del río Bravo, siempre baja, vuelve a su curso y nos deja tranquilos por un tiempo.

Junto con su cuota de muerte también se lleva los secretos, las faltas cometidas confesadas en voz baja dentro de mis muros, se van en la corriente, absueltas de culpa.

Cuando el aire se despeja, vuelven los pescadores a confiar en el río; olvidan pronto la devastación en aras de llevar pescado fresco a la mesa de su casa

La corriente vuelve a ser cantarina, transparente. La brisa mece suavemente los penachos de jara de la rivera. Como lo haría una madre bondadosa, yo también vuelvo a confiar.

Mientras tanto, el río Bravo hace trampa al jugar con la esperanza y nos vigila.

HERMEREGILDA QUIÑÓNEZ RON

Apenas llegaba del colegio, saludaba a mamá con un beso apresurado y volvía a salir corriendo tomando de pasada las monedas que siempre había sobre la mesa de la cocina. El monto exacto para comprar el indispensable kilo de tortillas que diariamente formaba parte de nuestros alimentos.

Me daba prisa para disponer del mayor tiempo posible platicando con Mere, nuestra vecina, quien hacía las mejores tortillas de muchas cuadras a la redonda.

Mere vivía frente a nuestra casa en un jacalito pequeño construido en un terreno grande, rodeado de buganvilias y rosales que floreaban todo el año.

El jacal de adobe, techo de paja y piso de tierra, constaba de tres habitaciones, una recámara, un pequeño cuarto de costura y la cocina con su estufa de leña, además de una enramada que daba al patio trasero; alejada del jacal estaba una letrina blanqueada con cal y techo de láminas oxidadas.

María Hermeregilda Quiñónez Ron, su nombre completo, era una mujer menudita de piel morena y ojos achinados que casi desaparecían en una rayita cuando sonreía. Tenía el cabello negro y rizado hasta la cintura atado con listones de colores, nariz prominente y amplia sonrisa rematada por un refulgente diente de oro. Coloridas faldas hasta el tobillo, blusas bordadas mostrando parte de los hombros formaban su atuendo. Caminaba como si bailara con un ritmo interno y misterioso que solo ella escuchaba, se movía de acá para allá casi sin hacer ruido siguiendo una cadencia silenciosa que hacia oscilar sus arracadas de

filigrana.

Mientras esperaba las tortillas, conversábamos, si llegaba alguien más yo le cedía el lugar para seguir la plática, hasta que un grito de mamá llamándome me sacaba del encanto, entonces Mere me ponía las tortillas apresuradamente en una canastita cubierta con un secador, despidiéndome entre risas con un hasta mañana.

En nuestros diarios encuentros y entre tortilla y tortilla, Mere me compartía sus sueños.

Rosalío su esposo, se había ido al norte, al otro lado del río Bravo a trabajar una larga temporada. Pensaban juntar dinero para regresar a su tierra, un pueblito llamado Salvatierra en un estado del sur, querían comprar un tractor y dedicarse a labrar la tierra, me contaba Mere mientras palmeaba la masa húmeda, moviendo sus manos rítmicamente.

El jacal era un lugar muy limpio, ordenado, se mesclaban el aroma a flores y tortillas recién hechas. La cama de latón brillante desentonaba con la sencillez del resto de los muebles de madera burda. Tendida de forma impecable la sobrecama de flecos en la bastilla con dos pequeños cojines, que ostentaban una leyenda bordada en listón azul "Dios guarde tus sueños". Al lado de la cama la mesita de noche y sobre esta una lámpara de gas rodeada de fotos en sepia, imágenes de santos, la Virgen de la Salud de bulto con una veladora y un jarrito de barro casi siempre con flores frescas.

En la otra habitación, una vieja máquina Singer de pedal, dos sillas mecedoras y un peinador de dos lunas que tuvo mejores tiempos. Sobre el peinador varias botellitas de cristal tapadas con corcho, selladas herméticamente con cera.

Un día me contó que ella misma hacía sus perfumes utilizando rosas y aceites, siguiendo antiguas recetas que su abuela le enseñó cuando era niña.

—El mejor momento de hacer perfumes es de noche, para que los rayos del sol no toquen las botellas y el perfume no huela a rancio, decía.

Los sábados que no había clases, cruzaba temprano y pasaba más tiempo con Mere, era un día especial, hacía dulces y me dejaba ayudar.

Elaborábamos charamuscas mezclando azúcar a punto de caramelo en un cazo de cobre, añadíamos clavo, canela y el anís estrella que no podía faltar. Una vez que estaba lista, en un alarde de fuerza y habilidad colgaba toda esa melcocha en un clavo en la pared, había que estirarla con las manos varias veces hasta que tuviera la consistencia adecuada para trenzarla y cortarla en pedacitos pequeños, luego ponerla a secar a la media sombra para que no perdieran el color dorado. Una verdadera delicia que Mere vendía entre los vecinos.

Una tarde de mayo, plena época de lluvias, vi a mamá muy atareada preparando velas y cerillos sobre la mesa de la cocina, teníamos luz eléctrica y le pregunté que hacía

—Parece que viene tormenta, el cielo está muy oscuro, mejor que nos preparemos.

Dicho y hecho, esa noche se abrió el cielo, llovió a cántaros con gran estruendo. Tal como presintió mamá se fue la luz y no dejó de llover torrencialmente hasta casi el amanecer.

Quedó el aire humedecido por una llovizna menuda.

Aclareciendo, me despertó el sonido de la sirena del carro de bomberos, el aullido de los perros, los gritos y carreras de personas. Me levanté de un salto, medio vestida y sin peinar me asomé por la ventana, no podía ver nada pues había mucha gente en el patio de Mere.

Salí corriendo hasta llegar a la letrina, donde se

arremolinaba la gente.

Con gran esfuerzo la sacaron, la lluvia intensa humedeció el terreno y cuando Mere entró a la letrina por necesidad, esta se vino abajo llevándose a la pobre al fondo entre maderos viejos y láminas oxidadas.

La caída le provocó muerte instantánea según escuché decir.

En un momento de pesadilla los paramédicos la taparon con una sábana, la pusieron en una camilla y la cargaron hasta la ambulancia abriéndose paso entre los curiosos.

Cegada por el llanto y la llovizna, tropezando regresé a casa.

Mi abuela y yo, tuvimos una conversación triste sobre enfermedades y accidentes que matan a las personas en ocasiones intempestivamente, como a Mere.

Esa tarde, sentada en mi escalón favorito, observaba a las palomas que daban saltitos de un lado a otro bebiendo agua en los charcos. Recordaba con la vista empañada a mi amiga, su risa franca y el brillo de su diente de oro. La brisa que venía del río olía a rosas, el aroma que Mere lograba atrapar en botellitas de cristal, durante su alquimia nocturna.

BAJO EL PARAGUAS

El día transcurría bajo una llovizna. A hurtadillas y protegida por mi paraguas, salí de casa a caminar por el barrio.

Algo tiene el ambiente de vapores húmedos que me atrae poderosamente; mi abuela diría que es característica de mi signo

—Eres una típica escorpión —me ha dicho alguna vez —la lluvia es tu elemento.

Veo correr el agua por la calle, forma arroyitos serpenteantes que arrastran a su paso residuos de hojas secas, cáscaras de nuez, pedacitos de papel náufragos son tragados por la alcantarilla en un remolino sonoro y multicolor.

No se mueve ni una hoja. El humo que sale por el tiro de la chimenea se queda ahí, estático, parece una nube de algodón. Los sonidos del agua, goteos y chapaleos rebotan de un lado a otro de la calle, por falta de viento que se los lleve.

Hay ausencia de trinos, no se escuchan ladridos, los animales están agazapados. Pareciera que el tiempo se detiene.

Bajo la lluvia el color del paisaje y las paredes se uniforma, se torna en un gris tristón.

Los helechos rezuman humedad.

A lo lejos diviso a don Amor, el vecino que nunca escuché hablar, solo silbar. Camina con pasitos cortos y la vista baja.

Con una mano ajusta el saco a su pecho protegiéndose del frío, con la otra sostiene firmemente el sombrero en su cabeza. Un vaporcito sale de sus labios, adivino que va silbando. Lo sigo con la mirada

hasta que se convierte en una sombra que se aleja, en medio de la llovizna.

El agua que gotea intermitente de los techos fragmenta la luz que escapa por los vidrios de las ventanas, cortinas cristalinas resbalan por los muros formando mapas caprichosos.

Escucho un murmullo y veo acercarse a Tina, ella vive a tres casas de la nuestra. Cruza de contrabando telas de seda que compra en el lado norteamericano, las pasa envueltas en su cuerpo, lo que la hace lucir esbelta cuando sale y rolliza cuando regresa. Camina bamboleándose, concentrada sorteando charcos. Pasa junto a mí, murmurando maldiciones contra el mal tiempo.

—Maldita llovizna, Genaro se va a mojar, Genaro se va a mojar —repite una y otra vez, ni siquiera advierte mi presencia.

La pobre perdió el juicio. Menos mal que sigue trabajando. Su hijo menor se ahogó en el río Bravo hace más de un año, nunca encontraron el cuerpo. Genaro estará mojado para siempre.

Se encendió el letrero de "La Esmeralda" el almacén de Orinda. La vi salir cojeando, apoyada en su muleta, intentando bajar la cortina de acero del aparador.

Corrí a ayudarla, sin palabras me dejó hacerlo, entramos las dos al negocio.

—Deja el paraguas al lado de la puerta —me dijo —por aquello de la mala suerte.

El lugar olía a canela y vainilla. El canasto del pan, estaba casi lleno. Orinda, siguiendo mi vista levantó los hombros en un gesto de resignación.

—Así pasa en los días como éste. Los vecinos hacen el encargo y luego no pasan a recogerlo, nadie quiere salir a empaparse —concluyó mientras se acomodada un mechón de cabello cano.

La idea me llegó en un segundo.

—¡Prepara las bolsas Orinda! ¡Yo las reparto!

Me miró por encima de los lentes, con sus grandes ojos acuosos que expresaban una interrogante.

—Sí, yo haré las entregas —confirmé con una sonrisa.

Y así sin más ni más, en un momento entre las dos fuimos llenando las bolsas con el pan, anotando a lápiz el nombre de cada vecino para que yo las distinguiera.

Las colocamos en una canasta cubierta con un plástico prendido con horquillas. Orinda me acompañó hasta la puerta donde me entregó una última bolsa de pan, con mi nombre.

Conforme dejaba las bolsas casa por casa, la llovizna fue a menos. En las dos últimas entregas pude prescindir del paraguas, escampó.

Alcé la vista, pedacitos dorados de luna tímida se asomaban tras las nubes, el croar de las ranas saludando a la noche se escuchaba ya por toda la rivera del Bravo.

La campana mayor del santuario repicó siete veces, mamá y mi abuela estarían preocupadas.

Hace unos días, tuve una pesadilla, soñé que estaba perdida, caminaba por calles oscuras y no encontraba el camino a casa. Sentí un piquetito de angustia en el pecho al recordar el mal sueño.

Un inmenso deseo de volver se apodero de mí. Regresé a casa lo más rápido que pude.

Entré a la cocina donde mamá y mi abuela, preparaban la cena. Levanté el brazo y mostré la bolsa de pan como un trofeo, —¡traje pan!

NÍVEA

Todos los días, salvo los domingos, poco después del silbato del tren de las 7:30 de la mañana llegaba Virginia a nuestra casa.

La campanita de bronce que colgaba del marco de madera de la puerta lateral, anunciaba su llegada.

Saludaba a unos y a otros mientras mamá y mi abuela afanadas, servían el desayuno. Se ponía un delantal y salía a barrer la banqueta.

Ella era como de la familia. Llegó al barrio siendo casi una niña y mi abuela la tomó como ayudante desde antes de que mis padres se casaran.

Era huérfana y soltera. Vivía en un jacal cerca del río, rodeado de plantas y una milpa que ella misma cultivaba.

Virgi como le decíamos, era una mujer alta, de caminar firme y manos grandes, piel marchita y cabello entrecano recogido en una trenza apretada que le caía por la espalda.

Vestía faldas largas de gitana y coloridas blusas de algodón, zapatos con suela de goma y medias de lana hasta las rodillas. Sonreía mostrando unos dientes separados y disparejos sin que la sonrisa llegara hasta sus ojos tristones.

Todo me gustaba de Virginia menos su hermana menor, Nívea que vivía con ella.

De vez en cuando Virginia la traía a casa. La sentaba bajo el nogal donde el tupido follaje no dejaba pasar los rayos del sol. El cabello rubio casi blanco y la piel transparente le daban un aspecto fantasmal.

Largas pestañas bordeaban sus parpados eternamente enrojecidos haciendo resaltar el azul celeste de

unos ojos secos y sin vida. Casi no hablaba y cuando lo hacía mostraba unos dientes pequeños como de pez. De su garganta salía una voz desagradable por chillona. Nívea era albina y ciega. Sufría de epilepsia.

Colgando del cuello cargaba un cilindro de madera amarrado a un cordel a manera de collar, Virginia lo metía en su boca cuando tenía un ataque para evitar que se mordiera.

Las vecinas, con sus malas lenguas, decían que Nívea no era hermana de Virginia sino su hija, producto de un amorío que tuvo con un migrante. También decían que cuando Nívea sufría una crisis, tenía revelaciones, podía predecir el futuro.

Mamá no creía en esas cosas, decía que eran coincidencias, que la pobre infeliz no era capaz de saber ni lo que sería de su vida si Virginia le faltara, también la oí decir que la vida privada se respetaba y no permitía esa clase de murmuraciones en casa.

En ocasiones, mis hermanos y yo jugábamos cerca de Nívea cuando estaba sentada bajo el nogal, cuidando siempre de no acercarnos demasiado.

Solo *Merlín* el gato de la casa se echaba en su regazo mientras Nívea lo acariciaba haciéndolo ronronear.

Una soleada mañana de invierno aprovechando que la temperatura no era tan fría, salimos a jugar al patio a pesar de que soplaba el viento del norte. En medio de una algarabía pateábamos una pelota que iba y venía levantando las hojas secas del nogal haciendo el juego aún más divertido.

Teníamos cuidado de no enviarla cerca de Nívea, que estaba sentada en su sitio de costumbre desde temprano con *Merlín* en el regazo. De vez en cuando yo volteaba a verla midiendo la distancia entre ella y la pelota, las ráfagas de viento alborotaban el pelo blanco de Nívea que no parecía inmutarse.

En medio de la emoción del juego mi hermano Tony, pateó la pelota sin medir la fuerza y ésta rodó ante nuestros ojos hasta parar a los mismos pies de Nívea.

Todos enmudecimos y nos veíamos unos a otros sin atrevernos a ir por ella.

Pasados unos segundos y viendo que nadie tomaba la iniciativa me encaminé, primero indecisa y después haciéndome la valiente.

Justo cuando tomé la pelota del piso y con una sonrisa de orgullo me di la vuelta para volver al juego, sentí en mi muñeca como una garra la mano de Nívea que me tomó con fuerza mientras musitaba, —¡veo la muerte, veo la muerte!

El grito que salió de mi garganta hizo que *Merlín*, prorrumpiera en un maullido, saltara del regazo de Nívea y se alejara corriendo en medio de un remolino de hojas secas. Nívea no aflojó ni un ápice hasta que mi hermano Ernesto le gritó que me soltara. Salí corriendo con el corazón desbocado y el estómago revuelto.

Nadie le dio importancia al suceso, solamente yo, que revivía el temor cada vez que la ciega aparecía por casa.

Recordaba sus palabras sintiendo un frío correr desde mi cabeza hasta los pies, por las noches rezaba para que nadie muriera, hasta que un buen día sucedió lo inesperado.

Merlín desapareció. Nívea no quiso volver más a sentarse bajo el nogal y dejó de aparecer por casa. Me alegré para mis adentros. El gato murió aplastado por el tren de las 7:30.

MARÍA VALVERDE

Los primeros vientos del norte soplaban en la tarde del mes de noviembre. El olor a jaras subía por los barrancos del río Bravo, mezclándose con el aroma a tortillas de harina recién hechas que a esa hora salía de las casas.

Una parvada de patos migrantes, surcó el cielo de un gris tristón.

Esperando el grito de mamá llamándome a cenar, me senté un rato en la banqueta. Fue entonces cuando me di cuenta que nuestra vecina, María Valverde, estaba desmantelando su casa, guardando sus cosas en grandes cajas de cartón.

María era comadre de mi abuela y no era la primera vez que se cambiaba de casa, quedaba siempre en el barrio donde por alguna razón, siempre había casas en renta.

Era una mujer muy bajita, con la cara llena de arrugas y sin maquillar, el pelo entrecano recogido en una simple coleta y el cigarro prendido, eternamente colgando en la comisura de los labios haciéndola cerrar un ojo por el humo. Vestía de forma sencilla y tenía la voz muy ronca, casi como la de un varón. Sonreía muy poco y cuando hablaba con mi abuela siempre maldecía mientras platicaba.

Se hicieron comadres cuando María le pidió a mi abuela que le llevara a bendecir un Niño Dios que compró en el mercado el día de La Candelaria.

Tenía un hijo llamado Antonio, pero todos le decían "La Charrana". Salía de su casa trajeado, con zapatos blanco y negro, una flor en el ojal y oliendo a perfume caro, el pelo negro ensortijado, reluciente de

brillantina y un bigotito delgado muy bien recortado.

Pasaba mucho tiempo recargado en un viejo Buick negro, casi siempre fumando un cigarrillo.

De vez en cuando yo había visto llegar a la patrulla y llevarse a Antonio sacándolo de su casa, luego de algunos días lo volvía a ver un poco más delgado y más de una vez con un ojo morado, pero como siempre vistiendo impecable.

Cuando el llamado a cenar me hizo volver a casa, lo primero que solté en la mesa mientras comíamos, fue lo que había visto.

—Abuela, tu comadre María se cambia de casa nuevamente, hoy la vi empacando, pero no se va muy lejos, rentó una casita en la otra cuadra y estuvo llevando algunas cosas en una carretilla.

Mi abuela siguió cenando inmutable y de pronto dijo.

—Pues mira tú que hoy por la noche tendremos jaleo, siempre que mi comadre se cambia, pasa lo mismo, espera y verás.

Después del comentario, me entró curiosidad y pedí permiso a mamá para quedarme a dormir en la recámara de mi abuela.

Me gustaba dormir con ella, después de rezar las oraciones de la noche, me platicaba historias de ahogados en el río Bravo, cuentos que yo nunca había escuchado de brujas y aparecidos que me hacían meterme hecha un ovillo entre las sábanas y temblar del susto, cosa que a ella la divertía, y a mí también.

En eso estábamos cuando mi abuela poniendo un dedo en los labios me pidió silencio y se sentó de golpe en la cama —escucha, ahí va con la primera carga de la noche.

Y diciendo eso saltó de la cama, yo la seguí, las dos nos asomamos con disimulo por la ventana que daba hacia la calle, y sí, ahí iba María Valverde empu-

jando la carretilla llena de macetas con plantas que se agitaban a cada vuelta de rueda, por lo irregular del terreno la carretilla emitía un ruido como de grillos.

Hizo todo el recorrido de una casa a la otra sin voltear a ningún lado, dejando en el camino solo el humo de su cigarro, que como siempre llevaba prendido en los labios.

Regresamos a la cama y me ordenó dormir, me quedé quieta y volví a escuchar el ruido de la carretilla una o dos veces más antes de cerrar los ojos y quedar dormida.

Al día siguiente por la mañana mientras mi madre y mi abuela preparaban el desayuno las escuché hablar de la vecina.

—Anoche, mi comadre cambió el negocio, como siempre —mi madre soltó una carcajada.

—Ay abuela, déjela hacer su lucha, usted como sabe si realmente son lo que usted piensa las plantitas que ella cultiva, a lo mejor son geranios.

—Que geranios ni que ocho cuartos, lo que siembra mi comadre es mariguana y todavía se da el lujo de decirme que tiene mejor mano que yo para las plantas, puedes creer el descaro —dijo mi abuela mirando al cielo —voy a creer que "La Charrana" el hijo de mi comadre vende geranios, por vender geranios no te llevan a la cárcel a cada rato.

Yo esperé un momento pero no pude aguantarme y pregunté a boca de jarro —¿Qué es mariguana mamá?

Salí de la cocina sermoneada y alcancé a escuchar la voz de mamá diciéndole a mi abuela —ya ve Abuelita con esta niña hay que tener cuidado no se le va ni una viva.

LA TELEVISIÓN

Mordiendo con deleite una concha de chocolate, mi favorita, me senté en los escalones de la entrada de la casa dispuesta a esperar a Margarita, mi prima que vivía enfrente.

Vi pasar a don Amor, el vecino al que nunca había escuchado hablar. Lo seguí con la mirada y vi como desapareció dando vuelta en la casa rosa de la esquina, donde una de las señoritas Ruiz leía el periódico sentada en el columpio del portal.

Concha Rosas salió de su casa vestida de blanco, sonriendo como siempre mostrando su impecable dentadura. Levantó la mano en un saludo que yo regresé de la misma manera. La terquedad de los pájaros carpinteros picoteando los troncos de los nogales, se escuchaba insistente. *Lobo*, nuestro perro, se acercó moviendo la cola a comer las migajas de pan que encontró a mis pies y luego se echó a mi lado.

El barrio se despertaba y mi prima no aparecía.

El sonido de una camioneta blanca aproximándose llamó mi atención. Se estacionó frente a la casa de Margarita, "Hermanos Bass, especialistas en antenas de radio y televisión", se leía con letras rojas en la puerta del vehículo. Bajaron el chofer y dos hombres fortachones, llamaron a la puerta. Mi tía Pepa les abrió y de inmediato se dieron a la tarea de bajar todo lo que transportaban en la caja trasera del camión.

Tubos, cables y bultos de varios tamaños desfilaron ante mis ojos.

Por fin salió Margarita quien al verme corrió a sentarse a mi lado con las mejillas encendidas por la emoción. No se había peinado, flecos de cabello le cu-

brían los ojos, y a cada rato los retiraba con la mano para verme mientras hablaba.

—¡Papá compró una gran televisión y estos señores vienen a instalar la torre antena para que podamos ver la señal, haz de cuenta como en el cine! —dijo entusiasmada.

Yo sabía lo que era una televisión, la había visto en casa de mis tíos de San Antonio Texas, cuando me llevaron a pasar un tiempo con ellos después de la inundación, pero en el barrio ésta sería la primera.

—Mamá dice que en cuanto esté lista invitará a la familia para ver un programa de un señor Lawrence Welk que dura dos horas y está lleno de música y bailes —continuó Margarita trabándose con las palabras por la prisa de contarme.

—¿Y cuándo será eso?

—Hoy es lunes y el programa es el fin de semana, así que yo creo que si estará lista —terminó diciendo con su sonrisa chimuela.

A partir de ese día nos sentábamos a ver cómo iban ensamblando tubos, alambres y conexiones de la torre antena, que ante nuestros ojos parecía más bien un extraterrestre que crecía en el traspatio.

Tal como calculó Margarita para el viernes, quedó instalada.

El programa iniciaba a las 7 de la tarde del sábado. Ese día, desde temprano tía Pepa cruzó la calle e hizo la invitación formal para que los acompañáramos al estreno de la tele que había quedado acomodada en la sala de su casa. A las 6.30 estábamos todos listos. Mi tía preparó canapés, palomitas de maíz y refrescos, mamá llevó un pastel.

La puerta de entrada daba a la sala que era grande y espaciosa, con enormes ventanales hacia la calle, los mayores tomaron sus lugares en los sillones y los niños nos sentamos en el piso.

Tío Félix fue el encargado de encender el aparato. Después de un rato de solo una especie de lluvia en la pantalla y de escuchar ruidos extraños, hizo ajustes en los botones y por fin apareció la primera imagen clara que lo hizo respirar aliviado.

El programa era en inglés y las imágenes en blanco y negro. Estar en la frontera hacia posible captar los canales norteamericanos.

La sala se llenó de música, violines, acordeones, guitarras, canciones y cada vez que terminaba un musical todos aplaudíamos como si los artistas pudieran escucharnos.

En un espacio para comerciales nos dimos cuenta que en las ventanas de la calle se había congregado un grupo de chiquillos que vivían en las márgenes del río, gente muy pobre, sin zapatos y mal vestidos. Nunca habían visto un aparato como éste.

Hacían turnos para poder ver a través de una ventana y se peleaban por permanecer más tiempo unos que otros. Entre risas y empujones los mirones se divertían.

Uno de ellos con marcas de viruela en la cara, pelado a rape y una sonrisa de oreja a oreja gritó

— ¡Suban el volumen!

Tío Félix, un alma de Dios, nos invitó a salir a la banqueta donde según él, hacia menos calor, y se dio a la tarea de arrastrar la mesita con el televisor hasta la ventana, donde todos, los que habíamos salido y los que ya estaban afuera, podíamos verla perfectamente.

Formábamos un clan singular, los adultos vestidos de domingo aún siendo sábado, cómodamente instalados en sillas que fueron sacando de la casa; nosotros los niños de la familia, sentados en los escalones y los chiquillos de la vecindad que habían tomado una distancia respetuosa sin que se perdiera la emoción y el entusiasmo, bailaban descalzos en plena calle.

María Valverde y otras vecinas cercanas, también sacaron sus sillas dispuestas a divertirse con el espectáculo, la brisa del río era insuficiente para aliviar el calor de la noche de agosto, cada quien se abanicaba con lo que tenía, salieron a relucir abanicos de cartón con la imagen de Pedro Infante, otros más elegantes como el de mi abuela de puro sándalo y otros simplemente se abanicaban con la mano extendida.

Pasaron dos hombres, que por la pinta parecían 'mojados', cosa bastante común en nuestro barrio enclavado en la rivera del Bravo, se detuvieron al ver el alboroto, se sentaron en el filo de la banqueta. Por un momento desapareció su cara de incertidumbre, sonrieron y aplaudieron cada uno de los musicales, como cualquiera de nosotros.

Tía Pepa repartió la merienda, incluyendo a los colados, mamá ayudó sirviendo refresco en vasitos desechables. La noche aunque cálida era espléndida, la luna había asomado por entre el follaje de los nogales, iluminando la calle convertida en pista de baile.

Mi abuela alegre por naturaleza, seguía el ritmo golpeando el piso con el pie derecho mientras compartía un plato de palomitas de maíz con mi tío Félix que sonreía satisfecho, la cuadra entera era una fiesta.

Margarita y yo nos ofrecimos a repartir pastel entre los mirones y mientras lo hacíamos decidimos que ese grupo era más divertido, nos unimos a ellos bailando en plena calle, no sin antes quitarnos los zapatos. Cuando el ambiente estaba en su clímax, la fiesta que se armó se vio intempestivamente interrumpida. Llegó una patrulla con la sirena a todo volumen y las luces de la torreta encendida, los bailadores pararon, los mojados huyeron en las sombras y mi tío Félix enfrentó a los dos policías y un fotógrafo que bajaron del vehículo.

Tía Pepa, prudente como siempre, bajó el volu-

men mientras todos estábamos a la expectativa. Tío Félix, discutía con los uniformados haciendo aspavientos, al parecer alguien los llamó con la queja de que se estaba alterando el orden público.

La discusión subió de tono y los policías sin hacer caso de los argumentos de mi tío, decidieron que confiscarían el cuerpo del delito, el aparato de televisión.

El fotógrafo hacía su trabajo y tomaba fotos de todo, tío Félix en plena discusión, mi abuela tapándose la cara con el abanico de sándalo, las vecinas apuradas metiendo sus sillas a la casa y los chiquillos de la vecindad posando abrazados con sonrisa de oreja a oreja.

Tía Pepa puso el grito en el cielo, de ninguna manera permitiría que entraran a su casa para confiscar la tele, pero ante la disyuntiva de que se llevaran a mi tío o el aparato, ella misma lo desconectó y le pidió a los guardianes del orden que se lo llevaran.

Al día siguiente, aparecimos todos en primera plana del periódico local.

Nunca supimos quien hizo la denuncia, finalmente la tele volvió a casa de mis tíos después de haber pagado una multa simbólica pues no existía en ningún libro el antecedente que una Televisión por ruidosa que fuera se quedara en prisión o pagara una multa.

DOÑA PERFECTA

Todas las tardes a las 5, de lunes a viernes, asistíamos al catecismo que Conchita Rosas nos impartía en su casa. Mis hermanos y yo llegábamos corriendo para ganar los mejores lugares en las bancas de madera nudosa, alineadas una tras otra bajo la sombra de los naranjos de un patio recién barrido y regado por doña Perfecta, la madre de Conchita.

Las dos mujeres vivían solas. Su casa de paredes blanqueadas y techo de tejamanil, era una vieja construcción; un pasillo exterior al frente cubierto por un toldo verde resguardaba del sol a cuatro grandes jaulas de nerviosos canarios cantarines.

La casa aunque modesta estaba bien amueblada, desde las bancas veíamos la recamara de Conchita, la cama de latón con su sobrecama blanca preciosamente bordada y sobre ésta una colección de muñecas con rostro de porcelana.

Doña Perfecta hacía honor a su nombre en todo y para todo. Mujer alta y delgada, peinada con chongo engominado, en el rostro cenizo de profundas arrugas destacaban los ojos pequeños de mirada penetrante. Vestía impecable falda negra, blusa blanca, medias de popotillo y zapatos planos siempre limpios. Nunca la vi sonreír, después me enteré que era chimuela.

Con movimientos firmes y voz de trueno, repartía órdenes a diestra y siniestra:

"No corran". "No hagan desorden con las bancas"… "no esto, no lo otro", nosotros obedecíamos con las rodillas temblando.

Conchita era una soltera ya madura, por ahí de los cincuenta que obedecía a su madre ciegamente.

Vestía con sencillez, ropa con volantes un poco aniñados para su edad, que su madre le confeccionaba en una vieja máquina Singer de pedal. Hablaba con una voz muy dulce y caminaba un poco encorvada. A mí me parecía bonita con su cabello ensortijado, discretamente perfumado. La ausencia de maquillaje la hacía lucir más joven de lo que era a pesar de algunas canas que ya asomaban. Una tímida sonrisa apenas mostraba una hilera de dientes blancos que contrastaban con su piel olivácea. Su mirada era opaca y con un aire de tristeza en sus ojos color avellana, "ausencia de hombre" decía mi abuela sin que yo entendiera bien a qué se refería.

Doña Perfecta enviudó joven y se hizo cargo de su hija. El sustento provenía de una pequeña pensión que le dejó el marido.

Educó a Conchita en un colegio de monjas donde concluyó los estudios como contador privado y la puso a trabajar en una oficina de gobierno.

Mi abuela opinaba que doña Perfecta era una tirana, se negaba a que Conchita creciera, no permitía que ningún hombre se acercara a su hija por el miedo de perderla y quedarse sola; no la dejaba salir con las amigas de trabajo ni convivir con las vecinas, solo le permitía ir a la iglesia y como gran diversión preparar chiquillos del barrio para la Primera Comunión.

—Concha —decía doña Perfecta con su voz pedregosa, a todo el que quisiera escucharla —como manda la tradición y por ser hija única no podrá casarse nunca, se quedará soltera para cuidar de mi persona en mi vejez hasta que yo muera.

Conchita por su parte fue adornada con muchos dones, cocinaba bien, bordaba precioso y tenía una voz privilegiada. Después de recitar el Yo Pecador cantaba con nosotros *"La virgen María es nuestra protectora con tal defensora no hay nada que temer"…* y en esta

parte del canto yo siempre volteaba con disimulo a ver a doña Perfecta, a quien todos temíamos.

La madre se sentaba en el pasillo bajo el toldo, refrescándose enérgicamente con un abanico de sándalo, desde ahí controlaba todo mientras transcurría la instrucción; alguna vez observé como, con una seña, le indicaba a su hija que enderezara la espalda.

Conchita y su mamá vivían a tres casas de la nuestra, yo la veía todas las tardes cuando regresaba del trabajo. Un día la noté diferente, caminaba derechita con una sonrisa de oreja a oreja y cuando pasó a mi lado me hizo un guiño a modo de saludo, y posó su mano en mi cabeza un instante casi sin detenerse. Yo me quedé pensando —hoy Conchita es otra, le brillaron los ojos mientras me saludaba.

Poco tiempo tardó para correrse un rumor en el barrio, Conchita está enamorada. Un día la vieron conversando con un desconocido que la esperaba a la salida del trabajo, otro día la vieron paseando a la orilla de río Bravo con el mismo hombre.

Desde entonces Conchita se veía en la luna, rezaba con nosotros el "Yo Pecador" con una mirada ausente y suspirando. Doña Perfecta se portaba más tirana que nunca, a leguas se veía que entre ellas las cosas no iban bien, se hablaban poco y de mala gana.

Tiempo después se supo que el pretendiente era un viudo recién llegado al pueblo y que había pedido a Conchita en matrimonio y doña Perfecta, como era de esperarse, la negó rotundamente. El pretexto fue que Concha siendo virgen, merecía un hombre sin pasado.

El viudo insistió tres veces cambiando de acompañantes cada vez más importantes para rogarle a la señora que permitiera la boda. Nunca logró convencerla a pesar de ofrecerle que se harían cargo de ella después del casamiento. No hubo poder humano que convenciera a doña Perfecta a pesar de los ramos de flores,

serenatas y toda clase de atenciones que recibió Conchita del galán.

Tiempo después de los malogrados intentos del pretendiente, una mañana a la hora del desayuno, mi madre y mi abuela cuchicheaban al lado de la estufa mientras nosotros comíamos.

No supe de lo que hablaban hasta esa tarde cuando ya era un secreto a voces, Conchita huyó con el viudo. Pasó por ella al trabajo, los vieron subir a un taxi, dirigirse al oriente, a la salida del pueblo donde se perdieron por el camino polvoriento.

Todo cambió en esa casa, desde entonces se convirtió en un lugar lúgubre y silencioso, doña Perfecta se encerró a cal y canto y no salía ni a misa, una buena vecina le hacía el favor de surtirle la despensa. El jardín se llenó de hierbas y las bancas quedaron tiradas en un desorden inusitado para nosotros, acostumbrados a ver aquel lugar siempre tan limpio y ordenado.

Los naranjos contagiados de tristeza se llenaron de pájaros negros y tiraron la fruta sin madurar. Un día las jaulas de los canarios aparecieron abiertas, ausentes de música y movimiento.

Nosotros también perdimos a Conchita, perdimos las tardes de catecismo, perdimos su voz cantarina, perdimos la oportunidad de vernos vestidos de blanco con una vela en la mano haciendo la primera comunión. De vez en cuando yo me acordaba de ella, imaginándola imperfecta y feliz del brazo del viudo en algún lugar del mundo. Mientras aquí, desde el anochecer hasta el canto de los gallos veíamos la sombra de doña Perfecta, atisbando por la ventana, tal vez esperando el regreso de su hija que jamás volvió.

MANUEL

Manuel llegó al pueblo poco tiempo después de la gran inundación, rentó una casita al final de un camino polvoso del callejón sin nombre que desembocaba en la rivera del río. Un lugar poco concurrido, por ahí el tránsito era de noche, pasaban los pescadores, los indocumentados y los *coyotes*.

Poca diversión había en ese entonces y la llegada de Manuel vendiendo revistas a domicilio fue vista con buenos ojos desde el primer día, sobre todo por las amas de casa. Era serio, respetuoso y puntual. Poco a poco, con el pasar del tiempo, la gente le fue tomando confianza, a un cliente se fue agregando otro.

Manuel era un solitario de tiempo completo por carecer de familia o amigos.

Atravesaba la ciudad con su atado de revistas bajo el brazo comiendo en el camino lo que en alguna casa le ofrecían. Los domingos no faltaba a misa de siete de la tarde, se sentaba al final de las bancas para evitar compañía, no hablaba con nadie, parecía estar cómodo en el mundo de sus silencios. Al final del servicio religioso, se acercaba discreto a depositar una moneda en el cepo del altar del Ánima Sola.

Los lunes llegando el medio día, a la hora del Ángelus, se escuchaba el rechinido de la puerta de servicio por la cual Manuel accedía a nuestra casa. Caminaba hasta la puerta trasera de la cocina deteniéndose ahí discretamente esperando el permiso para entrar.

Mi abuela se apuraba en el rezo de *"El ángel del Señor anunció a María y concibió por obra del espíritu Santo…"* y con un —pasa Manuel —hacía espacio en la mesa para que él depositara ahí su mercancía, mien-

tras le preparaba un café y unos tacos de tortilla de harina con los sobrantes del desayuno.

Manuel parecía indiferente a la riqueza, vestía un viejo traje azul, siempre el mismo, la camisa percudida con los puños hechos una hilacha, unos gastados zapatos estilo bostoniano sin calcetines, cuando menos dos números más grandes de su talla que lo obligaban a caminar arrastrando los pies para no dejarlos en el camino. Remataba con un sombrero de fieltro que alguna vez fue gris, calado hasta las orejas. Dejaba a su paso un tenue olor a celulosa.

Hablaba muy poco y en susurros. Siempre repetía las palabras dos veces, como reiterando.

—Anda hijo cómete un taquito —lo animaba mi abuela, mientras se limpiaba las manos en un secador. —Estás en los huesos y caminas todo el día —seguía diciendo mi abuela mientras revisaba con nerviosa impaciencia el montón de revistas acomodadas de mayor a menor que Manuel descansaba con cuidado sobre la mesa. —¡Ah! aquí está El Pepín —decía con los ojos brillantes —me quedo con ésta, y la Selecciones para mi nuera. Entusiasmada por su novela semanal, publicada en el Pepín, mi abuela se pasaba los días comentando con Virginia sobre la historia de Gabriel y Gabriela, seducida con la novela narrada en episodios por Yolanda Vargas Duché.

Manuel no aceptaba sentarse nunca, comía parado en un rincón para no molestar, haciendo malabares con el taco y el platito. Tenía unas manos de dedos largos y delicados, no muy limpias.

Antes de cobrar tomaba el café de la taza hasta la última gota, levantando el dedo meñique en el que usaba un anillito de plata, una pequeña flor de acerina, gastada y deformada por el tiempo.

Una vez que saciaba su hambre sacaba un muñón de lápiz sin borrador y una libretita en donde ano-

taba el importe de la venta con una letra sorprendentemente bien dibujada y prolija.

Tomaba el billete que mi abuela le entregaba y hacia cuentas mentales entornando los ojos como si buscara la respuesta en el cielo de cuánto tendría que dar de cambio. Una vez que repetía dos veces la operación matemática en su mente, sacaba un viejo pañuelo atado fuertemente con varios nudos apretados que iba desanudando con dedos temblorosos.

Tomaba el cambio contando doblemente las monedas antes de ponerlas en las manos pacientes de mi abuela y guardaba el billete emparejándolo con los que ya traía en su pañuelo tomándose un tiempo para volver a atarlo con fuertes nudos dobles y guardarlo entre sus ropas.

Se despedía con un apenas audible

—Gracias, gracias —levantando un instante del piso su ojos de un verde deslavado, como si hubieran derramado muchas lágrimas.

En su camino de salida antes de dejar la casa, pasaba por la jardinera donde mi abuela cultivaba las hierbas de olor, Manuel deslizaba la mano al desgaire por encima del romero, haciendo que el aroma se esparciera llegando hasta su nariz aguileña provocando un casi imperceptible aleteo de sus fosas nasales.

Salía a la calle y cerraba la puerta concienzudamente asegurándose de poner el doble pasador y seguir su ruta por el barrio, arrastrando a cada paso sus pesados zapatos bostonianos.

A pesar de tener cada día mayor clientela Manuel no parecía prosperar, vestía como siempre fuera invierno o verano, seguía comiendo lo que le ofrecían. Las malas lenguas decían que Manuel atesoraba dinero en su casa y hasta se atrevían a decir que lo tenía debajo del colchón.

Pasado el tórrido verano de aquel año, leales al

instinto de conservación, las grullas empezaron a emigrar durante el cambio de estación buscando la calidez y el alimento en el sur. Por las noches podíamos escuchar sus graznidos y verlas surcando el cielo recortadas contra la luz de la luna.

La noticia llegó por boca de María Valverde la comadre de mi abuela, mientras estábamos sentados a la mesa cenando.

Manuel había sido atacado en su casa. Dieron aviso a la autoridad unos pescadores que lo encontraron cuando vieron la puerta de la casita abierta de par en par y al hombre tirado en el piso de tierra.

De inmediato se juntaron los curiosos, alguien avisó a la policía. Llegaron patrullas, el agente del ministerio público y dos ayudantes a levantar el parte.

Lo encontraron desnudo, boca abajo, con un tajo en el cuello que lo hizo desangrar hasta morir, no presentaba más golpes. Había desorden en las pocas pertenencias, el colchón removido de la armazón de madera que le servía de base, lo habían tasajeado en ambos lados. Al dar la vuelta al cuerpo para seguir anotando las condiciones en que fue encontrado, la sorpresa los dejó perplejos, ¡Manuel era una mujer!

De inmediato los tres hombres representantes de la ley desalojaron la escena y cerraron la puerta dejando a los curiosos fuera de los hechos. Nadie supo exactamente qué fue lo que decía el reporte final.

Al día siguiente temprano, el barrio era un hormiguero, vecinos iban y venían por la calle comentando con asombro e incredulidad lo sucedido; los que sentían estima por Manuel, se juntaron en La Esmeralda, la tienda del barrio, incluyendo a mi abuela.

El cuerpo de Manuel estaba en espera de que fuera reclamado para sepultarlo, de otra forma sería inhumado en la fosa común.

Nadie tenía una respuesta para su misteriosa

muerte, todo era especulaciones. Él se había llevado a la tumba el secreto de su identidad y no había nada más que hacer. Si guardaba dinero en su casa y lo habían matado para despojarlo, eso nadie pudo comprobarlo. Por parte de los que lo estimaban se encargaron de un modesto funeral.

Fue enterrado en el panteón municipal sin ninguna ceremonia, en una tarde airosa cubierto el cielo gris por apenas unos jirones de nubes lechosas. Asistieron muy pocas personas, las mismas que habían aportado lo mínimo, para un cajón de madera sin pulir y una cruz del mismo material en la cual se puso su nombre: Manuel. No hubo lágrimas ni discursos de despedida solamente caras largas y los rezos de mi abuela repasando las cien cuentas del contador de jaculatorias *Señor Jesús, ten misericordia de él*.

A los dos días del crimen, llegó Virginia con la noticia de que se habían encontrado unos periódicos amarillentos entre los restos del colchón de Manuel. Los traía con ella, eran periódicos de varios años atrás de un lugar en Tamaulipas llamado San Fernando, se alcanzaba a leer un encabezado: *"Jovencita atacada al salir de su trabajo en la maquiladora"*, y detallaba que había sido violada cobardemente por varios hombres de una pandilla, al final decía su nombre, Manuela Salas Cobián, y una foto tamaño credencial mostraba un rostro femenino, sonriente, que no dejaba la menor duda, era la misma persona que todos conocíamos como Manuel.

Mi abuela no dijo nada, un leve temblor de sus manos reveló la indignación. Al otro día, casi al amanecer, me pidió que la acompañara al panteón. Llevamos un ramito de flores que colocamos sobre el montón de tierra aun húmeda por el roció nocturno.

Por unos cuantos pesos el sepulturero accedió agregar una letra más en la cruz de madera burda. Ma-

nuel recuperó su identidad de una pincelada, volvió a ser Manuela.

Hincadas una al lado de la otra, oramos por su alma en aquel silencio de camposanto solo interrumpido por el sonido de las grullas cuyo instinto las hacía emigrar para sobrevivir.

NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES
(el prófugo)

Después de la tormenta, el día amaneció espléndido, el sol brillaba en todo lo alto. Atareados los gorriones reparaban sus nidos, golpeados por el vendaval de la noche anterior; hormigas arrieras se daban un festín con las hojas del nogal esparcidas por el suelo, huellas de vientos huracanados de los que no quedaba más que el recuerdo.

Como era mi costumbre, arrastré una silla del comedor, me subí en ella y alcancé el calendario que colgaba de un clavo en la pared. Disfrutaba de arrancar la hoja del día anterior y ver en la siguiente la fecha en que estábamos, y a qué Santo correspondía –9 de mayo, Nuestra Señora de las Mercedes, liberadora de los privados de la libertad.

De un salto ruidoso bajé de la silla pensando que pronto ya no me sería necesaria para alcanzar el calendario. Ese pensamiento me hizo sonreír.

Salí al patio y me encontré con mi abuela y su fiel ayudante Virginia, preparando todo para hervir la ropa blanca, aprovechando el día soleado y un poco ventoso.Entre las dos, acarrearon leña, formaron un montículo y pusieron encima de este un tripié de fierro en el cual sentaron una gran tina de zinc. Después de encender la hoguera, rebanaron con un cuchillo una barra de oloroso jabón blanco como si fuera un queso, lo pusieron dentro de la tina y la llenaron de agua.

Mientras esperaban a que hirviera, se ocuparon separando la ropa que habían sacado de la casa en tres grandes canastos de mimbre. Las fundas de almohada y las camisas por un lado, las sábanas por otro.

Me senté cerca de ellas, mientras jugueteaba con

la hojita arrancada del calendario, con la intención de lanzarla a la hoguera. Adivinando mis pensamientos y sin voltear a verme, mi abuela me apartó con un firme ademán, aún así tuve tiempo de aventar el papelito que cayó en las llamas retorciéndose como un gusano cambiando de color hasta convertirse en ceniza.

—Te he dicho mil veces que no te acerques a la lumbre, si no sabes obedecer te iras dentro de la casa hasta que terminemos —dijo mi abuela, sacudiendo mi vestido que se había manchado con un poco de ceniza, —vas a oler a humo, —sonreí socarrona, el olor a humo me gustaba.

Ellas hacían buen equipo, la fuerza física de Virginia necesaria para tareas pesadas y el sabio liderazgo de mi abuela. Entre las dos, eran capaces de matar una gallina en segundos, mientras Virginia la tomaba por el cuello y le daba tres vueltas en el aire, mi abuela la remataba de un hachazo certero.

—Ya hirvió suficiente, pongamos primero las fundas —dijo mi abuela y se dieron a la tarea, revolviendo con un tablón de madera el agua jabonosa, que empezaba a gorgotear esparciendo gotitas quemantes.

En eso estaban cuando se escucharon gritos y ladrería de perros, *Lobo* nuestro pastor alemán que descansaba dormitando bajo el nogal, levantó la cabeza y enderezó las orejas olfateando el aire.

Quedamos las tres en suspenso para escuchar lo que pasaba. Un golpe seco nos hizo volver la cabeza. Muy cerca de nosotros, un hombre había saltado desde la barda del vecino hacia nuestro patio. Cayó hecho un ovillo ahogando un grito de dolor, tocándose el tobillo derecho.

Era un hombre muy joven, casi un niño, con el cabello cortado al rape y la cara con marcas de viruela. Portaba un sucio pantalón a rayas, descalzo y no traía camisa, estaba en los huesos.

Nos quedamos mirándolo un instante, mientras sus ojos desorbitados iban de aquí para allá nerviosamente buscando una salida por donde seguir su carrera. El sudor le escurría por la cara, respiraba agitadamente haciendo subir y bajar una rosa tatuada en su pecho del lado del corazón.

Mi abuela se plantó delante de mí para protegerme, Virginia se aferró al tablón de madera con las dos manos. *Lobo* nuestro pastor alemán, se había acercado gruñendo mostrando los colmillos al desconocido

Los gritos y voces cada vez se escuchaban más cerca.

Mi abuela con un ademán detuvo a *Lobo*, dando un paso cauteloso hacia el muchacho.

—Acabo de escaparme de la cárcel, mi Madre está muy grave, va a morir, solo quiero verla —balbuceó el joven sosteniendo la mirada inquisitiva de mi abuela.

Las voces estaban justo del otro lado de la barda. Ella vaciló un instante, cruzó una mirada con Virginia y de un rápido movimiento entre las dos vaciaron los canastos de ropa, con una seña le indicó que se sentara en el piso y lo cubrió con uno de los canastos. Me vi levantada en vilo y sentada encima.

Virginia acudió a abrir la puerta estremecida por el llamado de fuertes golpes, de paso tomó a *Lobo* de la correa y lo llevó con ella.

Mi abuela desató mis trenzas y con toda calma se puso a hurgar en mi cabeza buscando bichos imaginarios.

Entraron al patio dos policías exhaustos, —señora, buscamos a uno que se acaba de fugar —dijo el uniformado que parecía el jefe quitándose la gorra y secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Sí —dijo mi abuela con voz tranquila —vimos

pasar a un hombre corriendo y brincando bardas, se fue hacia el río, rumbo al sur. —¿Está segura? —preguntó el policía —tan segura como la estoy viendo a usted —dijo sosteniéndole la mirada, más vale que se apuren, si no, ya no lo alcanzan.

Tranquilamente trenzó de nuevo mi cabello, despacio me bajó del canasto y finalmente descubrió al joven que no se atrevía ni a respirar.

—Anda, vete a ver a tu madre, ya escuchaste, ellos se fueron hacia el sur.

Antes de retomar su huida un último grito de mi abuela lo hizo volver la cabeza —oye, llévate ésto —lanzó una de las camisas blancas que hizo un giro en el aire y el joven tomó con la mano izquierda, esbozó una tímida sonrisa de dientes disparejos y se despidió con un —¡Gracias jefita, la Virgen se lo pague!

LA CASA ROSA

La casa rosa de la esquina era la más cuidada del barrio, la pintaban una vez al año y reemplazaban las tejas del techo dañadas durante los fuertes vientos del norte. Un portal con piso de cemento pulido por la limpieza constante, abarcaba todo el frente de la casa. Colgando del techo pendía un columpio blanco de madera meciéndose a capricho de la brisa que llegaba del río Bravo. A un costado de la casa, un jardín de romero y lavanda aromatizaba toda la cuadra. A través de las delgadas cortinas de muselina se podía observar el ir y venir de sus moradoras, caminando de una habitación a otra en sus tareas habituales.

Alicia y Betty dos hermanas solteras, ambas rondando los 50, heredaron esa casa de sus padres, doña Victoria y don Hernán Ruiz. Los dos murieron casi al mismo tiempo hacía algunos años dejándoles, además de la casa, suficientes ahorros en el banco para que nada les faltara.

Alicia, la mayor, tomaba todas las decisiones, importantes o no. El pelo corto ensortijado y artificialmente negro, cobraba movimiento cuando ella se expresaba. Así hablara de la muerte o de una receta de cocina, siempre lo hacía con gran intensidad moviendo enérgicamente las manos y la cabeza, haciendo sonar las moneditas que pendían de un brazalete que portaba en su muñeca izquierda. Destacaban en su cara angulosa sus pequeños ojos oscuros y un cutis blanco como de porcelana.

Betty su hermana era discreta, callada, vestía de manera sencilla y peinaba su cabello castaño en un simple recogido. Tenía ojos verdes de mirada dulce y

una voz tranquila que solo se escuchaba de vez en cuando, con el permiso de su hermana.

Además de ser amiga de las hermanas Ruiz desde siempre, mamá también era su modista y los domingos era invitada a tertulias que las hermanas organizaban para agasajar a sus amigas.

Al inicio de la primavera en una de las visitas de Alicia al taller de mamá para probarse un vestido, mencionó que la casita de enfrente de su casa había sido rentada por un militar viudo que venía a hacer trabajos de inspección en la guarnición de la plaza.

El nuevo vecino resultó ser un hombre amable y bien educado, poco a poco fue surgiendo una amistad con las señoritas Ruiz, que lo llevó a integrarse al grupo de las tertulias.

El taller de costura había crecido y con él la carga de trabajo. Mamá ya no salía de casa.

Alicia venía y le daba santo y seña de la reunión poniendo énfasis en lo grata que resultaba la conversación de su vecino, mi abuela que apoyaba en el taller y todo lo escuchaba sonreía socarronamente.

Un día que mi abuela no estaba, Alicia vino a medirse dos nuevos vestidos que había encargado y aprovechó para hacer confidencias a mamá.

Emilio Rosas, que así se llamaba el capitán, no solo las acompañaba en las tertulias, merendaba con ellas casi todas las tardes. Se había hecho de confianza, llegaba con golosinas y algunas veces hasta con flores.

—El otro día mencionó veladamente que le gustaría rehacer su vida

—¿Amparito, usted piensa que aún estoy en edad de casarme?

—Eso no es cuestión de edad, contestó mamá, mientras enhebraba una aguja.

—Recuerde que "*suerte y mortaja del cielo bajan*".

Alicia, quedó muy complacida con la respuesta y antes de irse le pidió que por favor le bajara un poco el escote a los vestidos y le subiera una pulgada más al dobladillo.

Al día siguiente y una vez terminadas las prendas, mamá las colgó en dos ganchos, las puso en una funda especial y me pidió que fuera a llevarlas casa de las Ruiz.

Era la hora de la merienda y toqué la puerta. Mientras esperaba a que me abrieran, aspiraba los aromas que venían de la cocina. Me asomé un poco y pude ver a la señorita Alicia sentada en el sofá de la sala al lado del militar, platicando animadamente mientras la voz de Sarita Montiel cantaba cuplés desde un tocadiscos. La señorita Betty salió de la cocina secándose las manos con una servilleta, recogió el encargo dándome las gracias y envió saludos para mamá.

Así, entre costuras y tertulias pasaron los días del verano. Sintiéndose ya los primeros vientos del otoño, Alicia tocó la puerta de casa muy apurada.

Abrí la puerta y no esperó a que la invitara a pasar; saludó con prisa y fue directamente hacia el taller donde mamá se encontraba trabajando,

—Amparito, ¿podríamos hablar un momento en privado —dijo viendo de reojo a mi abuela que hilvanaba una prenda sobre el maniquí. Mi abuela entornó los ojos y salió de la habitación.

—Le traigo una noticia buena y otra mala, la mala es que cambiaron a Emilio de plaza, se va para México; la buena que me ha pedido lo recibamos esta noche pues tiene algo muy importante que decirme. Creo que va a pedir mi mano, Amparito, me va a decir que me case con él, estoy segura. Le vengo a pedir de favor que usted nos acompañe a recibirlo, ya ve que pueblo chico, infierno grande, necesito un testigo de que las cosas se están haciendo como Dios manda y quién me-

jor que usted.

—No me gustaría incomodar al capitán Rosas con mi presencia en una visita tan personal.

—Nada de eso, él sabe de nuestra amistad y después de que me pida tendremos que hacer planes rápidamente —decía Alicia caminando de un lado a otro, haciendo sonar las moneditas de su brazalete.

—¿Y su hermana Betty qué dice a todo esto?

—Bueno, Betty nunca dice nada pero ella ya está en edad de arreglárselas sola y yo tengo derecho a seguir mi destino, es la ley de la vida. La espero antes de las siete Amparito.

Se dio la vuelta y salió taconeando con energía.

Mamá hizo arreglos con mi abuela para dejarnos esa tarde a su cuidado, —Y el tal Emilio, el militarcito ese, ¿será de fiar? —preguntó mi abuela con las manos en la cintura.

—Yo creo que sí, me cruzo con él cuándo salgo de misa y me saluda muy correcto. Se ve que es un hombre serio. —¡Hmmmmm! —rezongó mi abuela.

Mamá se puso uno de sus mejores vestidos. Se veía linda cuando la despedimos en la puerta.

—No tardo, si se ofrece algo urgente me mandan a buscar, —y se despidió levantando la mano.

Apenas mi madre dejó la casa, yo salí detrás de ella aprovechando que mi abuela escuchaba su programa favorito en la radio, la historia de Chucho El Roto.

Silenciosa me escondí entre el romero y la lavanda en el jardín de las Ruiz y quedé perfecta viendo todo el panorama a través de las cortinas de muselina. Alicia estrenaba atuendo y se había esmerado en todo su arreglo, Betty sencilla como siempre lucía su elegancia natural.

A las 7 en punto el capitán Rosas llamó a la puerta. Alicia le pidió a Betty que abriera mientras ella, sentada en un sillón y mamá en otro, esperaban la visita.

Hubo un ligero desconcierto en los ojos de Emilio cuando vio a mamá en la sala, seguramente no la esperaba. Saludó de mano a las tres y quitándose el sombrero, fue a colgarlo al perchero y tomó asiento. Betty le ofreció algo de tomar y se sirvieron copitas de menta para los cuatro. Alicia inquieta, sonreía nerviosa acomodándose el vestido, mientras Betty se mantenía con su calma de siempre.

A la segunda ronda de copas, un buen rato después de haber llegado, Emilio por fin se enderezó en el asiento aclarándose la garganta.

—Como ustedes saben, mis superiores me han encomendado una nueva misión y pronto tendré que dejar esta ciudad, muy a mi pesar pues ya me había encariñado con la gente. En estos últimos años de mi vida he estado muy solo desde que mi señora esposa murió.

Es mi intención rehacer mi vida con una mujer que como yo, desee encontrar felicidad; gozo de un buen ingreso y cuando llegue el momento de retirarme contaré con una buena pensión para seguir sosteniendo a una familia.

Hizo una pequeña pausa y continuó.

—Alicia, pensaba pedirle… que me ayudara a tener un acercamiento con la persona que he elegido para proponerle que sea mi esposa, pero creo que ya no es necesario, con la grata sorpresa de su presencia aquí Amparito, quiero que por favor considere seriamente mi propuesta de matrimonio. Será un honor para mí, si me da la oportunidad, de hacerme cargo de usted y su familia.

En este punto Betty estaba pálida, mamá roja y Alicia verde. Después mamá tragó saliva y solo atinó a ponerse de pie dejando la copita de menta en la mesa.

—Señor Rosas, alcancé a oír que dijo mamá con un hilo de voz. No tenía la menor idea que ésta fuera

su intención, pero no estoy en posibilidad de considerar su propuesta. Estoy dedicada a honrar el recuerdo de mi esposo y a sacar adelante a mi familia. Le agradezco y pido su comprensión.

Y diciendo esto se despidió, salió de la casa rosa sin volver la vista atrás.

Dejé mi escondite y le seguí los pasos, caminaba despacio, me di cuenta que lloraba. De pronto se volvió y sin asombro, me tomó de la mano.

Al llegar juntas a casa, mi abuela sorprendida hizo muchas preguntas

—¿Qué hace esta niña contigo?, ¿tan pronto terminó la reunión?, ¿qué le dijo el capitán?

—Ay abuela estoy tan cansada, la interrumpió mamá, mañana le cuento... es cosa de no creer, vámonos todos a la cama, mañana será otro día.

PARASOMNIA

—Anoche Chaya tuvo pesadillas, soñó con espantos —dijo mi abuela mientras espulgaba los frijoles esparcidos sobre la mesa de la cocina.

—Me puso los pelos de punta con sus gritos —continuó después de un largo y ruidoso bostezo —Ya no pude dormir bien.

Mamá escuchaba calladamente las quejas de su suegra, mientras tomaba un té de azahar.

—Menos mal que no salió dormida al jardín, como suele hacerlo, se hubiera enfermado.

Señaló la ventana hacia el jardín —Anoche cayó una helada negra, hasta el romero amaneció mustio.

Cesárea, mi tía abuela a quien todos llamábamos Chaya, durante el verano dormía en los cuartos del traspatio, frescos y ventilados por la brisa del río Bravo, allí tenía una pequeña biblioteca de libros usados, regalo de los vecinos y la familia que conocían su gusto por la lectura. En el invierno, mi abuela le tendía un catre al lado de su cama.

Desde que yo tenía memoria la tía vivía con nosotros. Su madre, mi bisabuela, murió de neumonía cuando Chaya y su hermano mellizo tenían cinco años. Desde entonces mi abuela la mayor de la familia, se hizo cargo de la menor, su padre ya había fallecido cuando esto sucedió. Al niño, llamado Heraclio, se lo llevó una hermana de mi abuela que vivía en la capital. La distancia no permitió que los hermanos mellizos se volvieran a ver.

Chaya, después que fue separada de su hermano, se volvió taciturna, comía poco, hablaba menos y para colmo caminaba dormida. Había que vigilarla para

que no se dañara durante los episodios de sonambulismo.

Mi abuela la llevó con un médico quien diagnosticó una rara enfermedad llamada Parasomnia de la que poco se sabía y poco había que hacer para aliviarla.

Por un tiempo visitaron curanderos, espiritistas, charlatanes que ofrecían una cura para su hermana. Con el tiempo mi abuela se dio por vencida, se le acabó la paciencia y los ahorros.

Mimetizada con su mecedora de bejuco junto a la ventana, Chaya había pasado gran parte de la vida oteando el horizonte, siendo ya anciana sus ojos conservaban la luz opaca de las niñas desamparadas. Vestía faldas de organza, blusas de seda en tonos pastel y cómodos zapatos de cintas de tacón bajo. El cabello blanco y rizado, recogido con dos peinetas de nácar, enmarcaba el rostro de facciones finas, poblado de pequeñas arrugas. Un rubor de lágrimas contenidas era parte de su aspecto. A su edad seguía conservando un porte distinguido.

De naturaleza distante evitaba las caricias, todo lo contrario a su hermana mayor, mi abuela, ruidosa y exagerada en sus gestos amorosos que prodigaba a la menor provocación. Tenía una voz delgadita, hablaba suspirando; muy de vez en cuando, hacía preguntas que a mi abuela, lejos de enternecerla la desesperaban.

Por las tardes mientras todos dormían la siesta, Chaya me leía historias. Juntas repasábamos las páginas amarillentas que hablaban de príncipes, piratas y dragones. Mientras viajábamos con la imaginación a lugares mágicos donde los árboles daban manzanas de oro y los duendes convivían con los humanos, los ojos de mi tía olvidaban la pátina de su doncellez.

De vez en cuando, mientras me leía, surgía una caricia de Chaya, como un milagro que me hacía feliz

pasaba su mano por mi cabeza suavemente, para después seguir con la lectura.

Alguna vez la escuché, con la mirada perdida y una media sonrisa en los labios, pronunciar palabras incomprensibles, parecía sostener un dialogo dirigido a un interlocutor invisible.

Virginia, nuestra fiel sirvienta, crédula de más, se santiguaba y murmuraba que Chaya estaba en trance. Aseguraba que hablaba en lenguas.

—Qué lenguas ni que nada —decía mi abuela —Es solo un juego que ella y el mellizo inventaron para comunicarse cuando eran niños.

Reacia a todo lo que no pudiera ver y tocar, no concedía a la conducta de Chaya ninguna facultad milagrosa otorgada por el Espíritu Santo.

—Deja esos dones para san Bernardino de Siena, mi hermana nada tiene que ver con eso, Chaya no está loca, sólo sufre de tristeza crónica,

Virginia socarrona y terca como era, replicaba que quizás lo que Chaya hacía era comunicarse con su hermano a la distancia.

—La pobre seguro lo recuerda más con la imaginación que con la memoria.

A lo que mi abuela respondía —No imagines cosas mujer, déjala en paz.

Una mañana de domingo del caluroso verano de 1957, despertamos con la noticia de que la Capital había sufrido un gran terremoto. El sismo de 7.9 en la escala de Richter según los noticieros, había provocado la caída de grandes edificios y casas habitación; se reportaban incontrolables incendios, miles de personas se encontraban atrapadas en escombros, muchas otras perdieron la vida.

Mi madre intentó comunicarse con la familia que vivía en México, sin resultado. Al parecer el número de teléfono que tenía como referencia ya no estaba en

servicio, así que decidió mandar un telegrama pidiendo que nos llamaran en cuanto pudieran.

Durante los días siguientes rezábamos el Rosario por los damnificados del temblor. Chaya estaba más nerviosa que nunca, a cada rato la escuchábamos murmurando palabras sin sentido.

Pasaba el tiempo y seguíamos sin noticias. Una tarde presentó un episodio de sonambulismo en pleno día. Fue mientras dormía la siesta en su mecedora, de pronto se levantó, caminó con los ojos cerrados hacia el escritorio de mamá, abrió un cajón, tomó una pluma y una hoja en blanco en la cual escribió un mensaje que solamente mi abuela que la seguía, pudo leer.

Suavemente, tomó a Chaya por los hombros, la regresó a su silla, acto seguido guardó rápidamente la nota en un cajón con llave. No hubo preguntas por parte de nosotros, solo miradas furtivas.

Después de días de zozobra, escuchamos el silbato del cartero. Acudí corriendo para recibir la correspondencia, el sobre que me fue entregado, tenía los filos en negro. Entré a la casa y lo entregué a mi abuela que casi lo arrebató de mis manos. El sobre contenía una esquela de defunción.

El tío Heraclio murió en el temblor. Además de la esquela el sobre contenía una nota escrita por la hermana de mi abuela donde daba el detalle. Durante el sismo el edificio donde vivían había colapsado.

Heraclio se encontraba solo en el departamento. El reporte de los médicos indicó que había permanecido vivo por varios días, por desgracia los cuerpos de rescate no pudieron llegar a tiempo hasta donde estaba enterrado en los escombros y había fallecido.

Los restos de Heraclio fueron cremados y las cenizas colocadas en un nicho de la Iglesia del Sagrado Corazón en la Ciudad de México.

Mi abuela sin decir palabra se dirigió al cajón

donde había guardado la hoja escrita por Chaya, la rompió en pedacitos y la quemó en la chimenea.

Nadie se atrevió a preguntar, así que el mensaje de Chaya quedó como un gran misterio.

Nunca supimos lo que mi tía escribió en esa nota, ni la razón por la cual mi abuela la conservó bajo llave por unos días. Tampoco supimos por qué decidió quemarla sin mayor explicación, después de la muerte de Heraclio.

Chaya contrajo una anemia perniciosa y seis meses después falleció serenamente en su cama.

El secreto de la nota pronto quedó olvidado.

Por acuerdo entre hermanas, la urna con las cenizas de Heraclio fue enviada y colocada junto a los restos de Chaya en la capilla familiar, donde se puede leer el siguiente epitafio.

"Cesárea y Heraclio, hermanos mellizos."

"El misterio que es la vida los separó, el misterio que es la muerte, volvió a unirlos."

SABINA

Sentí un sacudón en el hombro derecho que me hizo abrir los ojos, era mamá que me despertaba poniendo un dedo en su boca indicándome silencio.

Aún no aclaraba del todo y el resto de la familia dormía. Mi madre me acercó la ropa y por señas me indicó que me vistiera encaminándose a la cocina.

Sentada en la cama estiré el cuerpo, froté los ojos varias veces, me vestí de prisa y la seguí. En voz baja y dándome un beso en la frente me dijo que me pusiera un gorro y las orejeras para cubrirme del frío. Sin preguntar, hice lo que me indicó.

Entre tanto ella preparaba un portaviandas de peltre azul con humeante comida recién hecha, sobre la mesa había una manta atada con un lazo y una pequeña canasta con fruta.

Se cubrió la cabeza con un sombrero de lana, tomó la porta vianda con la manta y a mí me dio la canasta para que le ayudara, salimos.

Ella iba adelante, tomamos el sendero hacia el río, bajamos el barranco, cruzamos la vega bordeando los surcos dispuestos para recibir la semilla de la próxima cosecha. El aire olía a humedad de tierra recién abierta.

Los cuervos, manchones negros movedizos entre los surcos picoteaban aquí y allá buscando la primera comida del día.

Abrimos el portón de la cerca que delimitaba el sembradío y seguimos caminando. Aun flotaban restos de una bruma lechosa entre el jaral que crecía junto al río.

Dos pescadores con el agua a medio cuerpo le-

vantaban una red seguramente instalada por ellos mismos la noche anterior. La red cruzaba el cauce del río de lado a lado, se comunicaban a gritos y silbidos para hacer la maniobra. Al vernos pasar, saludaron levantando la mano.

Una enorme garza blanca chapaleó cerca de la orilla esparciendo con sus alas una cortina de agua que brilló un instante en el aire hasta desaparecer.

Seguimos avanzando en silencio. El sonido de la tapa del portaviandas se escuchaba a cada paso de mamá.

Al dar la vuelta a un recodo apareció un jacal de paredes de carrizo y techo de paja, un enorme árbol de pirul crecía junto a la casa. Tan pronto quedamos a la vista, tres perros que dormitaban en la entrada levantaron la cabeza y salieron a nuestro encuentro moviendo la cola amistosamente, olisqueando a nuestro alrededor.

No muy lejos, había un corral de cabras que ruidosamente se agolparon en la cerca al sentir nuestra presencia. La cabra más grande traía una campanita colgando del cuello y balaba con insistencia seguida por el coro de las más pequeñas, olía a estiércol, un delgado hilo de humo salía por el tiro de la chimenea.

Llegamos a la puerta tratando de evitar a los perros que no dejaban de seguirnos, enredándose juguetones entre nuestras piernas.

Mamá tocó con discreción. Escuchamos sonidos apagados que venían desde adentro y poco después la puerta se abrió dejando salir un gato gris que desapareció pegado a la pared ondulando la cola.

—¡Ah! es usted doña —se escuchó una voz — pase, pase, disculpen el desorden no me he sentido muy bien.

—Gracias —dijo mamá, me pasó delante de ella para que entrara cerrando la puerta.

—Espero no ser inoportuna Sabina, presentí que algo no andaba bien cuando no apareció usted por casa como todos los días a recoger los sobrantes de comida para sus animales.

La mujer se dejó caer pesadamente en el único catre que había en la habitación.

Señalando una vieja silla le pidió a mamá que se sentara, yo me quedé parada recargada en el hombro de mamá.

Poco a poco me fui acostumbrando a la penumbra del interior.

Además del catre había muy pocos muebles, una mesa pequeña y una silla, además de la que mamá ocupó, en un rincón la chimenea encendida, una parrilla de fierro y encima de esta un líquido gorgoteaba en una jarra de peltre.

Utensilios de cocina colgaban de la pared y del techo ennegrecido por el humo, un cajón de madera hacía las veces de trastero.

En el otro extremo de la habitación había un altar. Imágenes del Sagrado Corazón, la Virgen de Guadalupe, ángeles, flores marchitas, rosarios, libritos de oraciones e infinidad de veladoras prendidas, todo colocado con cuidado sobre un mantel preciosamente bordado de lentejuelas doradas.

Colgando de la viga del techo sobre el altar, había manojos de hierbas secas atadas con cintas de colores.

—Sabina ¿qué le pasó?, mire como trae ese ojo, ¿se cayó?

Sabina bajó la cabeza y apretó los labios. Mamá guardo silencio poniendo su mano en el hombro de la mujer, esperando la respuesta.

Yo había visto a Sabina muchas veces, pasaba por casa diariamente por la tarde. Entraba, discretamente recogía los sobrantes de comida que colocába-

mos en un recipiente al fondo del patio y desaparecía sin hablar con nadie.

Vestía pantalones de mezclilla y encima de estos una falda multicolor, zapatos de suela tosca y un suéter desgastado roto de los codos donde asomaba parte de la blusa, solía llevar la cabeza cubierta con un paliacate.

De estatura más bien baja, caminaba apoyada en un bastón de madera, cuya empuñadura estaba labrada rústicamente con la figura de un gato; portaba un anillo en cada dedo de ambas manos. A pesar del bastón caminaba con rapidez y sus movimientos eran precisos.

Tenía el pelo blanco y la piel de un color ceniciento, usaba lentes redondos de vidrios oscuros que ocultaban sus ojos.

La comisura de los labios apuntando hacia abajo le daba un aspecto poco amigable.

—No me caí doña, me golpearon —dijo bajando la cabeza

Siguió hablando despacio —ya ve como es la gente, ese patán del Mauro, el policía que vivía con la Güera. En cuanto ésta lo dejó, pues me echó la culpa a mí, dice que yo con mis hechizos y brujerías hice que su mujer lo dejara y se fuera con otro. De no haber sido por los pescadores que me defendieron, ese bruto me mata. Estuvo tomando cerveza allá afuera, esperando que yo llegara y me cayó encima cubriéndome de golpes. No me defendieron ni mis perros que se han vuelto amistosos con la gente que me visita.

—De suerte que pasaron los pescadores y lo detuvieron, ¡ah! pero eso sí, lo maldije al cabrón ¡maldito seas tú y toda tu descendencia y acuérdate que soy bruja!, le grité con todas mis fuerzas antes de que se fuera.

Sabina se quitó los lentes y los limpió lentamente

con la punta de su suéter.

—Mire doñita, de algo tiene uno que vivir —dijo calándose los lentes —aquí vienen a verme todos, jóvenes y viejos, ricos, pobres, beatas, putas, señoras que usted ni se imagina, todo mundo en algún momento sufre por algo o tiene una necesidad.

Metió la mano llena de anillos debajo de la almohada y sacó una caja de cigarros y un mechero, encendió uno, fumó despacio y prosiguió.

—Qué me cuesta a mí darles un poco de esperanza a cambio de unas monedas que me ayudan a vivir, yo solo les rezo, los barro con mis hierbas de pirul, eso no es brujería. Pero si he de decir verdad, sí que aconsejé a la Güera, la pobre venía golpeada a cada rato pidiéndome que le ayudara.

Le dije que lo dejara, que se fuera lejos y hasta un dinerito que tenía ahorrado le di para el pasaje. Si la mujer ya no regresa, pues créame doña, valió la pena la golpiza, pero eso si le digo, ese tipo ya no vuelve por aquí, vi el miedo en sus ojos cuando lo maldije, es un puro cobarde.

—Disculpe mi mal hablar, su hijita no tiene por qué escuchar mis palabrotas pero nada más de acordarme de ese maldito me hierve la sangre.

Se hizo un largo silencio, afuera se escuchaban los trinos de los pájaros y el maullido del gato que apostado en la puerta esperaba que le abrieran para volver a entrar.

—¿Lo denunció?

—No doña, no lo denuncie, ¿pos pa' qué?, ¿qué le pueden hacer?, cuando mucho que pierda el trabajo y ya tenemos mucha gente en la calle.

—Mejor pa' mí que ande de bocón, no se da cuenta que cada vez que dice que yo hice que la Güera se fuera aumenta mi fama y más gente viene a verme —dijo Sabina sonriendo con una mueca.

Por un buen rato ambas guardaron silencio, delgados rayos de sol se filtraron por entre los carrizos de la pared oriente.

Mamá se puso de pie, dando por terminada la visita —Bueno Sabina ahí le dejo lo que le traje, tenga cuidado y ya sabe si necesita algo pase por casa. Ella solo asintió con la cabeza.

Apagó el cigarro y tomando su bastón nos acompañó a la puerta.

En silencio, emprendimos el camino de regreso, cuando llegamos al recodo la escuchamos gritar —¡gracias doña, mañana le regreso el portaviandas!

EQUINOCCIO DE PRIMAVERA

Saturnino Luna hizo su entrada a La Esmeralda con gran desenvoltura.

Tuvo frases amables para Orinda, la dueña del negocio y para don Pedro el vecino jubilado que en una silla colocada junto al mostrador, veía pasar la vida mientras fumaba pacíficamente sus cigarrillos "Faros."

Nino, como se le conocía en el barrio, nació varón y como varón vivió hasta poco después de terminar la primaria. La transformación se fue dando de a poco, después que murió su madre. Un día apareció con una blusa floreada, otro día con un pañuelo multicolor en la cabeza, hasta que terminó vistiendo faldas, aretes y collares, como si fuera la cosa más natural del mundo. Con el pasar del tiempo, los vecinos que se burlaban de él, se acostumbraron a verlo vestido de mujer y a sus modales afeminados.

De niño fue mandadero, en su adolescencia ayudaba a limpiar casas y jardines. Era reconocido por honrado y pulcro. Pasados los 20, se ganaba la vida leyendo las cartas del Tarot, el oficio lo aprendió un poco de Próspera, su madre, dedicada a leer los símbolos de la baraja hasta que falleciera de una dolencia cuyos síntomas no supo interpretar.

Otro poco lo aprendió en los libros sobre adivinación que compraba en el mercado.

Habitaba una modesta vivienda, que le dejó su madre al morir. La mantenía impecable, rodeada de un jardín florido y un enorme naranjo en la entrada.

—Orinda querida, con tu permiso, quisiera colocar este anuncio en la puerta de tu negocio, voy a tener

lecturas del Tarot por la tarde del día 20 de marzo, para celebrar el equinoccio de la primavera.

Orinda no contestó, ocupada como estaba en hacer cuentas en una pizarra, sólo sonrió y levantó la mano en señal de acuerdo.

Nino le lanzó un beso con la punta de los dedos y salió a colocar el anuncio en medio del revuelo de su falda, dejando en el aire un seductor olor a pachulí.

Destacaba en su rostro los ojos grandes de mirada dulce, lo que a pesar de las facciones toscas y una piel cenicienta, le daba cierto encanto. Había educado su voz para hablar bajito, tono con que leía las cartas, suave, modulado, íntimo.

La fama de Nino había crecido de uno y otro lado del río Bravo por sus acertadas predicciones y su discreción. Tenía habilidad y carisma, era así como lograba establecer con sus clientes un vínculo privado, secreto y profundo que los hacía regresar a consultarlo.

Una vez que Nino se marchó de La Esmeralda, don Pedro se puso de pie, caminó con las manos tras la encorvada espalda hasta llegar con sus pasos cortitos donde Nino había colocado el papel escrito a mano, con letra minuciosa.

"Lectura de Tarot, próximo día 20 de marzo a partir de las 6 de la tarde. Celebraremos el equinoccio de primavera. Callejón del Lucero Número 50.

(Casita blanca con naranjo en la puerta)

Nino Luna.

Cartomanciano."

—Que listo es este Nino —dijo don Pedro camino a su silla.

—No le hace mal a nadie —murmuró Orinda concentrada en sus cuentas.

Nadie ignoraba que Próspera, al sentir cercana la hora de su muerte, llamó a Orinda para pedirle que

protegiera a su hijo cuando ella faltara.

Por esos días arribó al pueblo el nuevo comisario, un hombre corpulento de mal genio y mal hablar, calzado con botas vaqueras y sombrero Stetson calado hasta las orejas. Llegó con su familia, esposa y cuatro niños que iban de los doce a los siete años.

Instalados en una casa grande a un costado de la plaza frente a la parroquia, asistían a misa los domingos y sus hijos estudiaban con las hermanas Guadalupanas.

Sin grandes delitos que perseguir, solo algún ladronzuelo inexperto y uno que otro rijoso, el recién llegado se pasaba las horas dormitando en su escritorio con las botas vaqueras encima de la cubierta. De todos modos y sin remedio tenía que rendir cuentas a los superiores, se hizo fama de que por cualquier asunto menor, como transitar de noche sin importar la razón ibas a parar a la cárcel.

Además del mal rato salías con la bolsa vacía, pues cobraba una multa según lo que cargaras en la billetera. El recién llegado, quien se declaraba homofóbico, se convirtió en el azote de trasnochadores, prostitutas, vendedores ambulantes, todo aquel que levantara una sospecha y que por motivos buenos o no, tuviera que caminar por la calle una vez que oscurecía.

El atardecer del día 20 lucía esplendido. La luna en fase nueva con Venus brillando al lado derecho, no podía ser mejor augurio según los cálculos de Nino, la alineación de los planetas y el cosmos entero se conjugaba para lograr las predicciones perfectas y celebrar el equinoccio.

Desde temprano, fueron llegando personas a la casa del Callejón del Lucero.

Nino, se encontraba vestido para la ocasión, andaba de aquí para allá luciendo una túnica inmaculada, larga hasta los tobillos, descalzo y con una corona

florida en la cabeza. Había colocado platitos con incienso por toda la casa y el jardín, que además estaba perfumado por las flores del naranjo.

Mientras Nino consultaba, una mujer sentada en posición de loto, con los ojos cerrados, repetía mantras y hacía sonar de cuando en cuando una campanilla tibetana especial para la meditación. Los que esperaban turno formaban corrillos intercambiando ideas sobre energía del universo, limpias con pirul, aromaterapia y toda clase de creencias para lograr los anhelos del corazón y escapar de la mala suerte.

Cuando todos estaban en sintonía y la celebración se encontraba en su mejor momento, llegaron dos patrullas. El sonido de la campanilla y los mantras fueron apagados abruptamente por el de las sirenas.

De uno de los autos bajó el comisario acompañado de dos uniformados y del otro dos policías más.

Con voz cavernosa y haciendo alarde de un vocabulario soez, ordenó a los presentes que subieran a las patrullas, estaban detenidos por faltas a la moral y alterar el orden.

A Nino lo tomó con rudeza por el brazo y a empujones innecesarios lo subió hasta uno de los carros.

Las patrullas aún no llegaban a su destino, cuando ya un vecino había corrido a La Esmeralda, alertando a Orinda que Saturnino Luna había sido arrestado y conducido con violencia a la comisaria.

Ella lo escuchó con atención, hizo dos o tres preguntas pertinentes y sin pensarlo dos veces, se quitó el delantal. Abrió el cajón de la venta, sacó los billetes sin contarlos, igual hizo con las monedas, metió todo en el bolsillo de su vestido y tomó su muleta.

Don Pedro no daba crédito a sus ojos, Orinda no salía de su casa desde que la evacuaron a la fuerza por amenaza de inundación y de eso hacía muchos años.

—Ahí le encargo el negocio, no tardo —la escu-

chó decir y salió cojeando rumbo a la comisaria.

Al llegar al edificio, subió con dificultad los peldaños. Al fondo del pasillo, junto a un escritorio, la figura del comisario con los pulgares metidos en el cincho del pantalón, observaba por una ventana que daba al patio central de la cárcel. La piel se le erizó a Orinda al escuchar gritos, reconoció la voz de Nino, lo estaban golpeando. Roja de indignación la mujer sacó los billetes y monedas, y los puso de un manotazo en el escritorio. El sonido metálico hizo voltear la cabeza del hombre, sorprendido.

—¿De qué se trata señora, por que entra así a mi oficina? —las palabras salieron silbantes de los labios del comisario, que tenía el rostro descompuesto por lo que consideraba una intromisión.

—Vengo a negociar con usted —dijo Orinda con voz firme —voy directo al grano —continuó casi sin tomar aliento. —Ahí afuera están maltratando a un inocente que sacaron de una propiedad privada. Quiero que lo ponga en libertad de inmediato.

El Comisario esbozó una sonrisa maligna mientras con el índice empujaba el ala del sombrero hacia arriba, dejando al descubierto la frente sudorosa marcada por la viruela.

—¿Y usted cree, señora que con eso —dijo viendo con desprecio los billetes —puede pagar la libertad de su protegido?

—Quizás con eso no, ¿pero qué tal con mi silencio?, dijo Orinda casi sin mover los labios, clavándole su mirada azul por encima de los lentes.

—Usted, señor comisario, arrestó a un joven que se gana la vida sin molestar a nadie, por cargos contra la moral

Hizo una pequeña pausa y prosiguió —déjeme decirle que la casa alejada del pueblo, esa que rentó usted para su otra familia, la que trajo con mucha dis-

creción unos días después de que llegara con sus hijos y su legítima esposa, esa casa, me pertenece.

La contrariedad en la cara del comisario iba en aumento conforme Orinda hablaba.

—Usted hizo el trato con mi contador, él se encarga de rentar mis propiedades, pero yo estoy enterada. Estoy segura del inconveniente que sería para usted que su esposa lo supiera…

Mudo por la sorpresa y la furia el hombre tembló de impotencia cerrando con fuerza los puños haciendo saltar las venas del cuello. Se hizo un silencio que a Orinda le pareció eterno, sólo se escuchaba el zumbido de las aspas del abanico en el techo y al fondo, los gritos cada vez más apagados de Nino.

—Se lo suelto más tarde —dijo entre dientes el comisario, dándole la espalda.

—Más tarde no, ahora o no tenemos trato —dijo Orinda con firmeza —a Nino me lo llevo ahora mismo.

Después de una pausa, el comisario llamó con un grito destemplado a un subalterno y dio la orden de liberar a Saturnino Luna.

Un viento triste barría la calle solitaria frente a La Esmeralda, don Pedro, de pie en la banqueta, esperaba con semblante de preocupación. Los vio venir en medio de una nube de polvo, Orinda, un poco despeinada por el viento, caminaba lentamente apoyada en su muleta; Nino siguiéndola dos pasos atrás, con la túnica hecha girones, manchada por la sangre que manaba de los labios amoratados, la corona ya sin flores ladeada en la cabeza. Don Pedro recordó a los nazarenos.

Al llegar a La Esmeralda, Nino tomó la mano de Orinda y la acercó a los labios deformados por los golpes, sin llegar a tocarla. La miró largamente, con los ojos llenos de lágrimas y en el fondo un brillo de rencor recién nacido.

Orinda lo vio marcharse caminando despacio,

arrastrando los pies, encorvado, disminuido.

Cojeando se adentró en la tienda, exhausta se dejó caer en el banco tras el mostrador poniendo a un lado la muleta.

Tomó el cigarrillo que don Pedro le ofreció en silencio, aun le temblaban las manos.

—Nomás eso me faltaba, que no cumpliera yo con mi palabra. Próspera no me lo iba a perdonar.

EL ECLIPSE

Contando seis mil quinientos ochenta y cinco días, siete horas y cuarenta y dos minutos a partir de que ocurre un eclipse cualquiera, se podrá predecir la ocurrencia de otro, visible desde otra parte del planeta. Esta secuencia regular para la ciencia pero completamente imposible de calcular en el común del pueblo, se supo que ocurriría muy pronto.

Una mañana aparecieron anuncios pegados con engrudo en diferentes muros, dando a conocer en forma escueta que en 10 días, un eclipse total de sol sería visible en la región. Se recomendaba tomar precauciones para que no se intentara ver el fenómeno directamente, pues se podrían sufrir danos irreversibles a la vista.

La noticia corrió rápidamente. No había casa, negocio o lugar de reunión donde no se hablara del asunto.

—¿Abuela que es un eclipse total de sol? —pregunté a la hora del desayuno.

Cinco pares de ojos, se posaron en mi abuela, nerviosa revolvió la sartén con mayor brío mientras se tomaba un tiempo para responder.

—No sé exactamente por qué nunca he visto uno, pero dicen que es la sombra de la luna que cubre al sol convirtiendo el día en noche.

Mis hermanos y yo seguimos desayunando pensativos imaginando cada uno su propia versión.

Lo que en un principio se tomó con curiosidad, al paso de los días fue tornándose en una especie de temor. Presenciar un fenómeno astral que nunca se había visto por ninguno de los habitantes del lugar, se

fue convirtiendo de a poco en una sensación de amenaza.

Salieron a relucir los más extravagantes mitos y supersticiones sobre los eclipses, considerados como presagio de grandes catástrofes.

Las mujeres se mostraban temerosas, también algunos hombres dieron muestras de preocupación para burla de los más reacios.

Las señoras mayores recomendaron a las jóvenes embarazadas que tomaran medidas, colgándose a la cintura un listón rojo con una llave de bronce para proteger a la criatura y evitar que naciera con manchas en la piel, pecas o labio leporino.

Al final de cada misa, el padre Sirio, hacía recomendaciones a los feligreses para no salir de casa durante el evento por aquello de las dudas.

En el sermón del domingo faltando una semana para el eclipse, el señor cura consideró oportuno hablar sobre el temor a Dios.

En lo más abrumador de su discurso recomendó confesarse, hacer penitencia y de paso ponerse al corriente con diezmos y primicias para que el fenómeno celestial no tuviera consecuencias terribles pues pudiera ser una señal del fin del mundo.

—Confesión y arrepentimiento, concluyó con certera elocuencia el sermón, imponente enfundado en su casulla color púrpura, con un borreguito pascual bordado con hilos de oro en la espalda.

En los avisos parroquiales se informó que un día antes del eclipse se haría una procesión llevando en andas al Santo Cristo de la Capilla.

A partir de entonces, la gente hacía fila ante el confesionario, todos deseaban expiar sus culpas antes de la fecha señalada, por si acaso.

La iglesia estaba llena como si fuese domingo todos los días, los cepos de la limosna había que va-

ciarlos varias veces, el humo de los cirios hacia irrespirable el ambiente dentro del templo.

En el mercado, los puestos de amuletos y objetos religiosos estaban abarrotados, las campanitas de bronce con listones rojos eran de lo más solicitado, estampitas de todos los santos, cirios e inciensos se vendían como pan caliente.

Conforme se acercaba la fecha los hombres conocidos por incrédulos y pendencieros, acudían a misa cohibidos.

La zona de tolerancia ubicada a la salida del pueblo, apagó sus focos rojos al disminuir en forma alarmante la clientela.

La venta de licor disminuyó en forma drástica y aumento la demanda de agua bendita que apareció como por encanto a la venta en la sacristía de la parroquia.

Virginia, organizó un grupo de mujeres que aparecieron portando el hábito de la hermandad de San Martín de Porres, ayunaban y rezaban el Viacrucis de rodillas pidiendo para que el fenómeno no trajera desgracias.

María Valverde, conocida por vender mariguana en pequeña escala cultivada en masetas de su jardín, cerró por esos días el negocio y se dedicó a tejer cruces de palma bendita que ofrecía en forma gratuita a la entrada del templo.

Sabina la curandera destruyó la ouija y las cartas del Tarot con las que daba consulta y solo se dedicó a cubrir la demanda de amuletos para colgar en los huertos recién plantados a fin de evitar que la cosecha fuera dañada por efecto del fenómeno.

Los usureros cobraban menos intereses, dejaron de presentarse hurtos, y los que tenían fama de avaros de la noche a la mañana hacían caridades.

Imaginarse al sol apagándose paulatinamente

hasta quedar en penumbra a pleno día, causaba escalofríos a más de uno.

Mi abuela, sacó de un baúl que guardaba debajo de la cama, una ouija que solo se consultaba en casos desesperados y la lanzó al río, donde desapareció en medio de un remolino.

Casi todos temían al eclipse, el único que parecía inalterable con la próxima desaparición del astro solar por unos minutos, era el señor cura que hacia planes para agrandar la casa parroquial y recubrir las torres de la iglesia con cantera rosa.

—Como no se me había ocurrido esto antes —murmuró para sí mismo, estirando las piernas por debajo del escritorio donde estaba sentado, sus pies tropezaron con el bote de engrudo medio escondido debajo del mueble.

—No importan los medios si el fin está justificado, urgían las reparaciones —mientras santiguándose siguió haciendo cuentas con ademanes compulsivos y mirada inocente.

Después de un rato haciendo una pausa, levantó la cabeza y volviendo los ojos al cielo murmuró —bastante agradecidos estarán después del domingo cuando nada suceda.

En la víspera del eclipse durante la procesión con el Santo Cristo de la Capilla llevado en andas por los Caballeros de Colón, las voces atipladas de los guadalupanos se dejaban escuchar en cantos monótonos y lúgubres.

El pueblo entero participó rezando fervorosamente, algunos hicieron el recorrido de rodillas, otros cargando pesadas imágenes del santo de su devoción, unidos por una sola y única suplica, que el fenómeno celestial no dejara calamidades tras de su paso y no se acabara el mundo. Después de una bendición general impartida por el padre Sirio, uno a uno se retiró.

Esa noche una luna de ensueño brillaba en el firmamento plena de encanto y de misterio, no se veía ni un alma en las calles.

El murmullo de las oraciones dichas en voz alta en todas las casas se escuchó casi hasta el amanecer.

La salida del sol el domingo sucedió en un cielo limpio sin una sola nube, el astro rey fue elevándose en el horizonte tiñendo de colores imposibles la bóveda celeste. Los pájaros salieron de sus nidos dejando oír toda clase de trinos y gorjeos, el canto de los gallos se escuchaba uno tras otro como un eco, la llegada de un nuevo día se manifestaba en toda su grandeza.

Los habitantes del pueblo, desconcertados por tanta luminosidad, se mantuvieron a resguardo dentro de sus casas, aún temerosos.

Después de *maitines*, como de costumbre el padre Sirio, se instaló en la soleada terraza del curato a leer la biblia que abrió al azar, *Joel 2.31. "El sol se convertirá en tiniebla antes de que venga el día del señor…"* sintió un escalofrió recorrer su espalda mientras una pequeña sombra como media luna siria musulmana se proyectó en las páginas gastadas del libro sagrado, el eclipse había comenzado.

CEMPASÚCHIL

Salimos de la iglesia después de escuchar la misa de siete de la tarde, entre disimulados empujones de feligreses acalorados.

Aún no se ponía el sol y el calor del mes de julio, era agobiante; en el atrio, sudorosas las Hijas de María pedían donaciones para la construcción de la Capilla del Señor de los Milagros; las monjas Carmelitas vendían buñuelos de viento y un hombre harapiento, apoyado en una muleta, extendía un cuenco de madera implorando una limosna.

— ¡Llamas caerán del cielo para los incrédulos! —clamaba con los ojos desorbitados, haciendo sonar las pocas monedas que había recibido.

Un penetrante olor a rancio nos dio en la nariz al pasar junto a él, con mano temblorosa, acercó su cuenco hacia nosotras, sentí un poco de miedo, mamá notó mi sobresalto. Apuró el paso tomándome con firmeza de la mano, mi abuela nos seguía, echándose aire con su abanico de sándalo, mientras se abría paso con uno que otro codazo.

Aliviadas por fin salimos a la calle despejada y respiramos profundo el aire fresco.

Tal como lo había prometido, mamá se dirigió al puesto de las nieves, pidió helados sencillos de fresa y vainilla para ella y mi abuela y para mí, uno doble de mora.

Haciendo malabares para conservar el helado intacto, cruzamos corriendo a la plaza, esquivando el tráfico de autos. Divertidas por el esfuerzo, nos sentamos a recobrar el aliento en una banca, bajo el frondoso follaje de un álamo.

Como todos los domingos, en el quiosco de forja engalanado con papel picado de colores, los músicos de la Banda Municipal afinaban discretamente sus instrumentos tocando por lo bajo algunas notas.

En punto de las ocho de la noche daba inicio la serenata. Por los pasillos diagonales de la plaza, iban llegando las parejas que se daban cita para bailar cada semana.

Los hombres impecablemente vestidos con camisa blanca; las mujeres, abanico en mano, especialmente maquilladas, con vestidos de amplio vuelo, calzando exquisitos zapatos de tacón alto.

Entusiasmados, conversaban unos con otros como viejos conocidos, todos esperaban la primera nota musical para lanzarse a demostrar sus mejores pasos de baile en la pista improvisada, circundando al quiosco.

Al caer la tarde, los faroles se encendieron de pronto iluminando el ambiente. Se escuchó la expresión de júbilo que siempre sucede cuando se hace la luz, mientras las palmeras ondeaban por la brisa que venía del río Bravo, aliviando el bochorno.

En medio de un griterío, unos niños azuzaban a un perro triste y famélico que apenas tenía fuerza para esconderse debajo de una banca.

Las vendedoras de gardenias, hacían su agosto, vendiendo flores a los señores que galantes las ofrecían a sus parejas.

Las mujeres las colocaban en su cabeza con coquetería según la antigua tradición, del lado derecho si eran casadas, del izquierdo si seguían solteras.

A la octava campanada del reloj de la iglesia, la banda comenzó a tocar "Cerezo Rosa".

Las palomas, habitantes de los aleros del quiosco, salieron empavorecidas a la primer nota de trompeta, volaron en medio de un estruendo de alas a refu-

giarse en la torre más alta del templo, dejando a su paso una breve lluvia de plumitas blancas.

De inmediato, las parejas iniciaron el baile que duraba una hora. Entre una pieza y otra las mujeres se abanicaban esparciendo el perfume de las flores que lucían en la cabeza y los hombres se secaban con el pañuelo la frente perlada de sudor.

Por un pasillo, apareció una mujer.

Era menudita, tenía gracia al caminar, la piel color madera tal vez curtida por el sol, mostraba algunas arrugas en su cara, pronunciadas por la media sonrisa que mantenía mientras se acercaba.

Portaba un sencillo vestido negro de percal, rematado con un olán en la bastilla que se movía al ritmo de cada paso, calzaba gastados zapatos planos de charol. No se le veían los ojos, mantenía la vista baja, tenía el cabello negro, ensortijado y corto que le daba un aspecto de niña. No usaba joyas, solamente adornaba su cabeza con una deslumbrante flor de cempasúchil colocada con un pasador del lado izquierdo, indicando con esto su soltería, de acuerdo al sutil lenguaje de las flores. El color amarillo de la flor, relucía en la cabellera oscura como si fuera de oro.

Se dirigió a la pista, sin voltear a ver a nadie y en cuanto dio inicio la música, colocó sus manos en posición, como si estuviera abrazando a alguien, una a la altura de la cintura y la otra en el aire, sostenida por una mano impalpable.

Bailaba frente a nosotras, se movía suavemente, con cadencia, parecía que disfrutaba cada paso, manteniendo la enigmática sonrisa y escondiendo la mirada. Navegaba en su propio mundo, solo bailaba y bailaba, ajena a todo.

Cuanto terminaba la música bajaba los brazos y esperaba sin dejar de sonreír para volver a bailar una y otra vez con su pareja invisible.

Estaba tan absorta, que no sentí el paso del tiempo, hasta que mi abuela me palmeó el hombro diciendo que nos íbamos. El baile terminaría pronto, ya era hora de volver a casa.

Salimos las tres por un pasillo, mamá adelante, mi abuela y yo la seguíamos a unos pasos.

La orquesta tocaba "Juárez" la última pieza de la velada.

Pasamos al lado del hombre que mendigaba en la iglesia, sentado en un rincón. Contaba con ademanes nerviosos, las monedas de su cuenco. Siguiendo el instinto, me pegué al costado de mi abuela.

Antes de perder de vista el quiosco, pude ver entre las últimas parejas en la pista, un destello amarillo moviéndose a ritmo de danzón.

—Abuela —dije tirando la manga de su vestido para llamar la atención. Ella volteó a verme, hizo un alto y sacó su pañuelo para limpiar con un gesto cariñoso restos del helado de mora en mis mejillas, aprovechando su cercanía susurre casi en su oído —¿por qué la mujer de negro baila sola?

—¡Qué cosas se te ocurren niña, aquí, nadie baila sola!

2 DE NOVIEMBRE

—Apúrate María —dijo mi abuela tan pronto me vio entrando a la cocina.

—Ayúdame con las canastas, tu primo ya encendió la camioneta y subió el resto de las cosas, solo nos esperan a nosotras.

Siguiendo con la tradición, cada día 2 de noviembre, preparábamos la visita a nuestros muertos, los seres queridos de la familia fallecidos.

Fuimos las últimas en subir a la vieja Ford roja, mi primo Luis ya estaba al volante, a su lado tía Pepa y en la caja trasera mis primas Lupana, Margarita y Rosy, las tres con cara de sueño. Mi abuela se acomodó al lado de mi tía y yo trepé por el estribo para llegar junto a mis primas que me ayudaron tomándome la mano e impulsándome hacia dentro.

Partimos de inmediato, las calles estaban vacías apenas se veía movimiento en las casas. La neblina que subía del río aún no se disipaba del todo. El zurréo de las palomas instaladas en los alambres de la luz y el chirriar de los grillos nos acompañó por un rato en el trayecto.

Tardamos en llegar al Panteón Municipal que estaba en las afueras del pueblo. El viaje lo hicimos en silencio, solo interrumpido por el lejano eco del canto de los gallos y algún bostezo contagioso entre nosotros.

Luis de cuando en cuando tocaba el claxon para espantar perros callejeros que obstaculizaban el camino.

Llegamos a la entrada del camposanto cuya reja enorme estaba abierta, una vez que tomamos el ca-

mino de terracería circundado por añosos rompevientos, avanzamos despacio.

La camioneta daba tumbos haciendo chocar unos con otros los baños de zinc y las cubetas que sonaban sin concierto.

Escuchábamos la voz de la abuela que dirigía el rumbo, hasta encontrar el gran álamo junto al cual estaba la capilla familiar.

Una vez que llegamos al lugar indicado, entre todos descargamos dos sillas plegables y tres bancos de madera, además de las canastas con comida que fueron lo último que bajamos del vehículo.

Mi primo subió a la camioneta de un salto, asomó la cabeza por la ventanilla y se despidió con un grito —¡regreso a la tarde por ustedes! —se marchó en medio del bamboleo de la Ford aligerada de su carga.

Abrimos el herrumbroso candado que mantenía cerrada la puerta doble de la capilla, ésta se abrió produciendo un rechinido levantando una nube de polvo. Un olor avinagrado a flores marchitas salió del fondo del pequeño espacio, mientras arañas diminutas interrumpidas en su eterno tejer, corrieron a esconderse en los rincones, hojas secas caídas por una rendija del techo, crujían a nuestro paso.

En el nicho principal, la foto en sepia de mi abuelo Juan mostraba manchas de humedad, a su lado una fotografía de Papá sonriendo eternamente. El resto de los nichos no tenían la imagen de sus muertos, solo los nombres y fechas de nacimiento y muerte, *"La vida es un sueño"*, la frase preferida de mi abuela, se leía en un listón dibujado en la pared.

Abrimos las puertas de par en par para sacar el olor a encierro y humedad.

Mi abuela se persignó y de inmediato empezó a repartir tareas para hacer limpieza. Poco a poco, nos fuimos espabilando y en un rato todas estábamos dedi-

cadas con entusiasmo a barrer y sacudir.

El sol había salido y brillaba en todo lo alto, los árboles se llenaron de trinos, en derredor nuestro, otras familias fueron llegando a visitar las tumbas de sus familiares y hacían lo mismo que nosotros.

Mi prima Margarita y yo fuimos encargadas de buscar agua. Salimos por el camino con una cubeta en cada mano, a esa hora ya había una algarabía en todo el camposanto, vendedores de flores, veladoras, rosarios y toda clase de estampitas circulaban por los corredores ofreciendo a gritos su mercancía. Llegamos a la pileta pública de la cual sacamos agua y regresamos resoplando por el esfuerzo y muertas de risa.

A nuestro regreso vimos a mi tía Pepa regateando con el vendedor de flores para obtener el mejor precio, mientras mi abuela había contratado a unos niños que retocaban letras de las lápidas por una propina.

Una vez colocadas las flores y vertida el agua en los jarrones, encendimos cirios y colocamos unos platitos pequeños con sal, monedas, un vaso con agua, un poco de comida y dulces.

Al mediodía sentimos hambre y esperábamos con ansia la hora de destapar las canastas.

—Antes de comer recemos unas letanías —ordenó mi abuela, hicimos un círculo unas de pie y otras hincadas, seguimos con devoción aparente el rezo monótono y lento, deseando en el fondo que terminara pronto.

Después de rezar nos acomodamos como pudimos buscando la sombra del álamo. Mi abuela destapó las canastas y el ambiente se llenó del aroma de los tacos de machacado y de chorizo. Bebimos agua de Jamaica en vasitos de cartón.

Apaciguada el hambre, descansamos observando el ir y venir de la gente.

A la tumba de al lado llegó un señor con flores

en la mano y un trío de músicos con cara de desvelados. Se arrodilló, sopló el polvo acumulado sobre la lápida antes de colocar el ramo de flores rojas, les hizo una seña con la cabeza y el trío se puso a cantar muy desafinado, *"Esta sellado por el destino que tú serás mi compañera y que iremos por un camino hasta que alguno de los dos se muera"*

El hombre, se quitó el sombrero texano y sacó un paliacate del bolsillo para sonarse la nariz ruidosamente mientras secaba las lágrimas que bañaban su rostro.

Al quitarse el sombrero descubrió el rostro surcado de arrugas, cejas pobladas enmarcaban sus ojos saltones, tenía el pelo tan negro, que me pareció artificial, igual que el poblado bigote que escondía por completo la boca.

De la bolsa de su chaleco de cuero sacó una botellita de aluminio a la que le dio dos tragos largos y volvió a guardarla limpiándose los bigotes con el dorso de la mano, los músicos cantaron tres canciones más antes de retirarse abrazados con el hombre del sombrero que no dejaba de llorar y sacar su botellita cada tanto para darle tragos.

Ya por la tarde mi tía y mis primas se fueron a buscar al vendedor de manzanas cubiertas. Yo me quedé acompañando a mi abuela que rezaba el rosario en silencio.

El ambiente festivo de esa mañana fue cambiando conforme se puso el sol. El humo de las veladoras y el penetrante aroma a cempasúchil le daba un aire de misterio al panteón, sobrepoblado de cruces y monumentos. Yo sentí un escalofrió.

Oscurecía y las sombras proyectadas en el piso cobraban vida por el efecto de las flamas de los cirios.

—Abuela, ¿tú crees de verdad que nuestros muertos vienen a visitarnos este día, no será mejor irnos de aquí antes de que aparezcan? —le dije con una

voz apenas audible temerosa de estar cometiendo una impertinencia.

Mi abuela sonrió y tardó unos minutos en responder —ellos se han ido y no van a volver, somos los que estamos aquí los que necesitamos recordarlos para seguir viviendo. Al menos este día no dejamos que la muerte gane la partida —dijo viendo al horizonte, —El amor reclama eternidad —concluyó hablando para sí misma.

Tía Pepa y mis primas regresaron repartiendo entre todas las manzanas que habían comprado. Escuchamos el ruidoso motor de la Ford roja de mi primo Luis que regresaba por nosotras. En un santiamén volvimos a cargar todo y nos acomodamos cada quien en su lugar para iniciar el regreso.

Al salir de la gran reja dejando atrás a nuestros muertos, vimos al hombre del sombrero texano, con la botellita de aluminio en la mano tratando de conservar el equilibrio y cantando a todo pulmón *"Y si los muertos aman, después de muertos amarnos más"*, —sea por Dios —dijo mi abuela moviendo la cabeza de un lado al otro — cada quien reclama la eternidad del amor, a su manera.

SUEÑO DE VERANO

Agobiada por el calor del mes de agosto, salí al jardín buscando el fresco bajo el nogal. Me senté a la sombra, no se movía una hoja a esa hora, las tres de la tarde.

—Pronto lloverá, me duele la rabadilla —se quejó mi abuela dándose masaje en la parte baja de la espalda, mientras quitaba la ropa tendida en el lazo.

—Que tu boca sea de ángel abuela, buena falta que nos hace.

El sol en todo lo alto caía a plomo. Había perdido la cuenta de los días sin lluvia. En el cielo azul no se veía una nube. Hilillos pegajosos de sudor corrían desde mi cabeza pasando por el cuello hasta mi pecho, formando mapas de humedad en mi blusa de algodón. Con la mano derecha la desabotoné hasta el tercer ojal y con la izquierda a manera de abanico traté de darme un poco de aire.

En la casa de al lado la vecina tendía la ropa aprovechando la tarde soleada, mientras escuchaba en la radio a la *Sonora Santanera*. La baraúnda de las chicharras subía y bajaba de tono sin interrupción en oleadas ensordecedoras y monótonas.

Los rayos del sol amortiguados a través de las ramas del nogal me daban en la cara obligándome a entrecerrar los ojos.

Con el rabillo del ojo podía ver cómo las hormigas arrieras daban cuenta del jazmín de la India, ríos de bichitos infatigables, subían y bajaban por los tallos rugosos de la planta en serpenteante desfile, cargaban en el lomo pedacitos de verdes hojas tres veces más grandes que su propio tamaño.

Un brillante moscardón negro batía sus alas a tal

velocidad que desaparecían, parecía estar sostenido mágicamente en el aire mientras cortaba con sus tenazas sin misericordia los pétalos olorosos y albos de la única flor blanca que a duras penas emergía del tronco de un jazmín lánguido.

Sostenida por el hilo fulgurante de su tela una negra y brillante araña trapecista bajó de un salto mortal desde la punta del jazmín, terminando con su intromisión el festín suculento y aromático del moscardón, que se llevó entre sus patas.

Lobo, mi pastor alemán, se acercó olisqueando alrededor en busca de un poco de humedad en la tierra para echarse. Se dejó caer pesadamente a mis pies levantando una nubecita de polvo y apoyando la cabeza en mis zapatos. De cuando en cuando movía la cola enérgicamente quitándose de un latigazo una que otra hormiga descarriada.

El pesado bochorno era insoportable, me sentí aletargada, los ojos se me cerraban.

A lo lejos se escuchó una nota de trompeta, el sonido me hizo abrir un ojo primero y luego el otro; *Lobo* levantó las orejas, quedamos en suspenso, quietos los dos… y sí, a la primer nota siguieron otras envueltas en un murmullo de voces y sonidos de algo que se acercaba.

Nos levantamos movidos por la curiosidad, salimos sin prisa a la calle solitaria, no había ni un alma. Una tornasolada lagartija salió debajo de una piedra en una carrera loca hasta desaparecer escalando un poste de la luz.

Llegamos a la esquina y de pronto, ahí estaban, se acercaba un contingente flotando en una nube de diminutas partículas de polvo, arena, esporas, polen, ojos de mosca, patitas de arácnidos, sostenidos en el aire, subiendo y bajando en inusitada sincronía, brillando al sol.

Al frente de una ruidosa banda de viento, marchaba un músico tocando la trompeta, lanzaba al aire agudas notas como si quisiera despertar de la siesta a todo el barrio.

Calzaba enormes zapatos de goma, multicolores, levantando la tierra seca en su firme y pomposo andar, una camisa amarilla y pantalón rojo chillante complementaban su vestimenta, coronaba su cabeza con un viejo sombrero de copa, del cual sobresalía el ensortijado cabello color zanahoria.

A la banda le seguía un desvencijado carromato tirado por un caballo percherón de paso cansino, lo conducía una señora corpulenta y rubicunda, vestida de negro, calzando zapatitos de cristal en sus pies increíblemente diminutos. Mostraba un rostro cubierto por una espesa barba oscura y sus labios pintados de rojo sonreían con una mueca tenebrosa, mientras levantaba la mano saludando a diestra y siniestra sin importarle que en la calle solo estuviéramos *Lobo* y yo.

Tras el carromato hacía piruetas un hombre montando un monociclo, enfundado en una malla bordada de brillantes estrellas plateadas, daba giros en ángulos imposibles y continuos con tal rapidez que desaparecía en el aire, quedando solo una estela de luz en medio de la calle.

Acto seguido un ejército de extraños hombrecitos vistiendo llamativos trajes verdes lanzaban al aire pompas de jabón mientras marchaban a saltitos.

Justo al pasar frente a nosotros clavaron sus ojillos en los míos sonriendo de forma siniestra.

Sentí un escalofrío por la espalda, mientras *Lobo* se pegaba a mis rodillas.

Un sorpresivo golpe de viento atrajo las burbujas hacia mí, las que al chocar contra mi rostro estallaron en mil gotitas.

El aroma a petricor inundó el ambiente.

Los lengüetazos de *Lobo* en mis mejillas y las primeras gotas de una lluvia inesperada y repentina me sacaron del letargo.

Aún con el corazón acelerado y una extraña sensación de amenaza, entré apresurada a la cocina para guarecerme, *Lobo* huyó volando a su perrera.

Desconcertada me asomé por la ventana para ver cómo una lluvia franca sacudía el jazmín llevándose a su paso a las arrieras indefensas.

Apurada mi abuela cerraba puertas y ventanas, después se dejó caer en una silla a mi lado con una sonrisa de triunfo.

—¡Te lo dije María, mi rabadilla nunca se equivoca!

EL ESPEJO

Lo primero que vi fue el papelito con la letra pequeñita e impecable de mamá: *"Salí con tu abuela, no tardamos, en la heladera te dejé una gelatina, te quiero. Mamá"*

Guardé mis libros en el escritorio y fui directo a buscar la gelatina, abrí el refrigerador y sí, ahí estaba una rica gelatina de fresa que comí poco a poco, saboreando hasta la última cucharada.

No era común, regresar del colegio y encontrar sobre la mesa de la entrada un recadito de mamá. Tampoco quedarme sola en la casa sin abuela ni hermanos, así que deambule sin testigos abriendo un cajón por aquí, una puerta por allá.

Un poco aburrida, dirigí mis pasos al taller de costura, di vuelta por toda la habitación, arriba de la mesa de corte vi una tela floreada esperando el turno para ser transformada por las manos expertas de mi madre; sobre el maniquí, los ajustes prendidos con alfileres de un traje casi terminado. En la mesita auxiliar, los cristales y perlas para los bordados, en orden cuidadoso dentro de pequeños frascos de vidrio. El estante de los hilos alineado y colorido.

A esa hora de la tarde los rayos del sol caían sobre el gran espejo de pared, donde las clientas de veían de cuerpo entero mientras se probaban.

El verme reflejada, me hizo detener. Me fui acercando más y más hasta quedar casi pegada a la superficie que se empañó con mi aliento. Con el dedo índice, escribí mi nombre María. Con la manga de mi suéter, limpie letra por letra, hasta ver nítida nuevamente la imagen que el espejo me devolvía.

Saqué la lengua que estaba roja por la gelatina, mostré los dientes, con fastidio los vi blancos y parejitos, soñaba con tener frenos como casi todas mis compañeras del salón.

Me quedé en silencio observando esa otra yo que descarada me veía desde el espejo. La última vez que me había visto reflejada fue en el río y mi imagen entonces tenía movimiento y me gustaba más.

Noté que había crecido de manera sorprendente durante los últimos meses. El uniforme del Colegio, mostraba mis rodillas, hacía poco tiempo me quedaba a media pantorrilla.

Levanté el tirante que traía colgando y lo puse en su lugar, estiré las medias hechas un rollo sobre mis tobillos y con la mano traté de quitar el polvo de mis zapatos.

Vi mi cabello oscuro peinado en dos trenzas, el fleco despeinado que intenté apaciguar con los dedos y un poco de saliva, pero volvió a quedar terco en su desorden.

Mis cejas pobladas, me recordaron las que aparecían en las fotos de papá, los ojos grandes y negros eran los de mi madre, también la boca de labios gruesos, el lunar en la mejilla derecha, era herencia de mi abuela.

Para mi gusto estaba un poco pálida, comparada con las modelos de las revistas que mamá mostraba a las clientas, así que me pellizqué las mejillas y pasé la lengua por los labios. No se notó ningún cambio favorable.

Estaba tan concentrada y callada que noté el pulso de una vena en mi cuello, —al menos no me estoy muriendo, no tengo que preocuparme por mi palidez —pensé sonriendo. Levanté la barbilla y me hice un guiño, cerrando el ojo derecho.

Subí un poco la falda descubriendo mis muslos,

apreté las piernas, sentí que el pulso de la vena en mi cuello se aceleraba, acalorada baje la falda.

Recordé las palabras frecuentes me decía mi abuela, —eres muy linda.

Las de mi madre —tienes unas cejas preciosas.

Las de la fiel Virginia –tu mirada es muy dulce.

Ninguna de las tres coincidía con lo que veía en el reflejo con toda claridad. El espejo no reflejaba belleza por ningún lado, solo veía una niña larguirucha, pálida y mal peinada.

Aún estaba frente al espejo, cuando un sonido me indicó que abrían la puerta de la entrada.

Mamá y mi abuela regresaban, escuché sus voces y sus risas mientras entraban a la cocina y gritaban mi nombre —¡María, ya estamos aquí!

Corrí a buscarlas con la urgencia de encontrarme con esos ojos, los de mi madre y de mi abuela que tenían la virtud de verme bella.

SECRETOS NOCTURNOS

Había parado de llover, calculé la hora, por ahí de las siete, cerré el libro de historia. Con un gesto resignado, me dispuse a cumplir con mi tarea de todos los días. Tomé mi abrigo del perchero y al mismo tiempo las monedas que estaban sobre la mesita en la entrada, —Ahora vuelvo, voy por el pan —anuncie sin entrar a la cocina, donde mamá y mi abuela preparaban la cena.

Antes de salir, pasé la mano sobre la cruz de palma bendita que colgaba en el marco de la puerta.

Había poca gente en la calle, algún vecino distraído caminando de prisa, gatos callejeros paseando a su antojo, sorteando charcos dejados por la lluvia, mientras notas de un vals triste tocado en el piano salían de la casa de las señoritas Ruiz.

Traté de distraerme jugueteando con las monedas en mi bolsillo derecho, mientras que en el fondo del bolsillo izquierdo mi mano tropezó con un lápiz, que había dado por perdido.

Pasé frente a la casa de María Valverde, recargado en el viejo Buick negro, Antonio su hijo al que apodaban "La Charrana", con su traje holgado color lavanda, zapatos de dos tonos y protegido bajo el sombrero de "pachuco", fumaba un cigarrillo. Sin cambiar de postura, me siguió con sus ojos de tigre.

Una parvada de patos cruzó el cielo en un sobresalto de graznidos.

Unas cuadras más y llegué hasta la "La Esmeralda", saludé a Orinda y a don Pedro, ambos se encontraban inclinados sobre la radio ocupados en ajustar la señal, intentaban escuchar los números ganadores de

la Lotería Nacional. Apenas contestaron mi saludo.

Orinda con un ademán, señaló hacia la canasta del pan donde solo quedaba una bolsa. Siguiendo la rutina de otros días y para no interrumpir, puse las monedas sobre el mostrador y tomé la bolsa que tenía el nombre de mamá escrito a lápiz, como era la costumbre. Al salir de la tienda recibí un golpe de viento en el rostro. El barrio había quedado desierto.

De la rivera del río Bravo, subía una niebla lechosa, reptaba por el barranco, llegaba al Callejón del Lucero y se esparcía lentamente por la calles.

Alcé la vista al cielo buscando las estrellas, solo encontré una cavidad oscura, como un mal presagio.

Envueltas en capullos de neblina, la luz de las farolas había disminuido. Algunas polillas, volaban silenciosas, soltaban en su vuelo errático un polvito gris como ceniza.

Escuchaba mis propios pasos resonando en el adoquín, retumbaban contra los muros cubiertos de musgo. La noche estaba inmóvil, solo el humo de algunas chimeneas ascendía en silencio, formando figuras fantasmales.

Mentalmente comencé a rezar La Magnifica, el mejor conjuro para alejar los temores. Ya faltaba poco, solo dos cuadras y estaría en casa.

Divise el Buick negro, ya no estaba su dueño, animada di pasos más largos. Sentía hambre, pensaba en la cena que me estaría esperando en casa. De pronto alcancé a ver la punta de unos zapatos bicolores, agazapados en la penumbra, tuve un escalofrío, no pude hacer nada.

Se abalanzó contra mí, me tomó con fuerza por los hombros y despacio acercó su rostro al mío, vi de cerca sus terribles ojos amarillos; me olfateó como un animal y soltó una risita gutural, que hizo temblar su bigote recortado. Olía a brillantina. Sentí náuseas.

Sus manos como garras, por un instante aflojaban, solo para asirme con más fuerza, pegándome a su pecho que subía y bajaba al ritmo de su respiración. Podía ver el vaho pestilente a tabaco que salía de su boca en una especie de jadeo. El pavor me tenía paralizada, sentía el latido de mi corazón en las sienes.

Como un relámpago en mi mente, recordé el contenido de mi bolsillo izquierdo.

Sin pensarlo dos veces, en un movimiento rápido saque el lápiz y desde la altura de mis doce años lo enterré con toda mi fuerza en la mejilla del hombre.

La minilla afilada entró con facilidad en el rostro abriendo paso a medio lápiz, todo sucedió en un instante, me soltó maldiciendo.

Él mismo arrancó el lápiz de un tirón arrojándolo lejos. Lo vi sorprendido, con los ojos desorbitados tratando de tapar con sus manos, el hoyito sangrante que le quedó en la cara.

Corrí lo más rápido que pude, sin volver la vista atrás y con la bolsa del pan intacta.

Lagrimones de rabia corrían por mi rostro, los limpié de un manotazo tratando de espantar con ese gesto, el recuerdo vergonzoso del abrazo.

Apenas tomé un respiro antes de tocar repetidamente con fuertes aldabonazos. Mi abuela abrió luciendo su beatifica sonrisa —¿adelante niña, que forma de tocar, pasa algo?

Respire profundo, suficiente para elegir una respuesta, —no pasa nada Abuela —respondí con voz firme de alguien que no se arrepiente.

Ella echó un vistazo a la calle, —que noche tan tranquila, en este pueblo de Dios nunca pasa nada— dijo cerrando la puerta, con doble tranca.

EL CAMBIO

Sentada en mi escalón favorito recordaba lo que el día anterior había sido una conversación larga con mamá. Me llamó a su recámara y tomándome de la mano me hizo sentar a su lado.

Comenzó diciendo sobre mi edad y lo conveniente de saber cosas naturales que pasarían en mi cuerpo; escuché con asombrada atención y el corazón galopando en el pecho, su voz suave y bien modulada. Cuando terminó, yo alcancé a formular tímidas preguntas que ella con dulzura y paciencia fue respondiendo, al final me abrazó, me dio un beso tranquilizador y dijo que ya era hora de tener mi primer perfume.

Un abrupto golpe de viento y polvo me sacó de mis pensamientos, torbellinos de hojas y papeles se formaron a lo largo de la calle.

Gela de la Torre salió de prisa a quitar el anuncio de *"Se aplican inyecciones"* colgado de un clavo a la puerta de su casa. Mi abuela corrió a proteger sus geranios recién plantados bajo el cobertizo.

Grandes nubes enlutadas aparecieron en el horizonte iluminadas de cuando en cuando desde las entrañas, el retumbar de truenos lejanos se fue acercando con rapidez.

Entré de prisa a la casa y me asomé por la ventana, un negro telón de agua se aproximaba.

Mi hermano Ernesto se paró junto a mí y con la pelota bajo el brazo observó con desilusión los nubarrones.

Las primeras gotas de lluvia golpearon con fuerza en el techo de zinc convirtiéndose de inmediato en un intenso traqueteo que no dejaba escuchar nuestras

voces. Mamá salió presurosa del taller de costura. Entre ella y mi abuela se aseguraron que todas las ventanas y las puertas estuviesen bien cerradas.

Nos sentamos todos en la mesa de la cocina donde mi abuela ya preparaba un aromático té de manzana con canela y azúcar, que al mezclarse con el petricor lograban a través del olfato calmar los ánimos exaltados por la amenaza de la tormenta.

Mi madre encendió el Cirio Pascual, protección infalible en caso de tempestades. Afuera el viento rugía y de cuando en cuando escuchábamos los golpes de las ramas secas del nogal cómo caían al suelo rompiéndose en mil pedazos.

Dejó de funcionar la electricidad y quedamos a oscuras, iluminados por la débil flama del cirio protector.

—¡Jesús mi veces! —exclamaba mi abuela cada vez que un relámpago iluminaba el cielo.

La casa entera se estremecía.

Lobo, nuestro perro que tenía permiso de entrar a la casa solo en casos de desastre aullaba agazapado a un lado de la chimenea, mi madre lo hacía callar con un gesto, noble como era, bajaba las orejas para luego esconder el hocico bajo sus patas enormes.

—Esta vez la manga de agua me sorprendió —dijo mi abuela, tras lo cual dio un traguito a su té de canela, —ni tiempo me dio de cortar la nube con la espadita del Arcángel San Gabriel.

Mamá colocó la canasta del pan dulce sobre la mesa y fuimos tomando una a una las piezas en silencio, esperando que escampara.

Poco a poco fue amainando, el viento del norte se llevó las nubes casi con la misma rapidez con que las trajo, quedando un agradable olor a tierra humedecida. Los trinos de los pájaros en los árboles y el regreso del sol llenaron la tarde de luz y de sonidos, los ra-

yos de sol reverberaban en el pavimento aun mojado.

Todo volvió a la normalidad, *Lobo* sacudiendo el pelambre salió de su escondite y de la casa para ir a echarse su lugar de costumbre. Mi hermano corrió a jugar a la calle, uno a uno los amigos hicieron lo mismo, en medio de una algarabía el juego de pelota se hizo más divertido por tener que sortear los charcos dejados por la lluvia.

Yo regresé a mi escalón favorito fuera de casa.

—¡María, ven a jugar con nosotros!

Con desgano negué con la cabeza, estiré las piernas para estar confortable. De un tiempo a esta parte había notado que ya no cabía en el peldaño, a mi pecho regresaron los sentimientos encontrados. Recordé la charla con mamá, me causaba un dolor en el corazón pensar en dejar de ser niña, como cuando alguien muere.

Algunas de mis amigas del colegio estaban pasando por el cambio, incluso habían tenido ya su primer período. Me acordé de sus rostros sonrojados mientras hablaban entre sí en el recreo, en tanto que a quienes aún no nos llegaba el momento, nos divertía más morder un chocolate que enterarnos de sus confidencias.

—No voy a consentir dejar de ser niña por un simple cambio físico en mi cuerpo —pensé rebelde.

—¡Seguiré siendo niña hasta que yo quiera!

Esta decisión repentina me hizo sonreír y serenarme.

Aún flotaba la sonrisa en mis labios cuando una pelota vino a parar a mis pies, un chico espigado, separándose del grupo venía hacia mí. Se acercó sonriente, despacio, mirándome fijamente, nunca lo había visto en el barrio, se detuvo cuando la punta de su zapato rozó el escalón donde yo estaba. El cabello negro, ensortijado, la frente sudorosa lo obligaba a entrecerrar

los ojos que imaginé almendrados, el entrecejo así plegado evidenciaba una pequeña cicatriz sobre su párpado izquierdo.

Sin dejar de sonreír, con su mirada fija en la mía, tomó la pelota, dio unos pasos hacia atrás antes de volverse y correr hacia el grupo que lo esperaba.

Suspendido en el aire quedó su olor a bosque.

Sentí arder mis mejillas, me levanté de un salto y caminé sin saber a dónde ir, en mi camino tropecé con mi abuela que se detuvo en seco para tomarme por la barbilla.

—Tienes la cara enrojecida, ¿estás bien? —yo solo atiné a decir que sí con la cabeza —mañana te llevo con Sabina para que te cure de susto. Las tormentas siempre te impresionan.

Esa noche, sin poder dormir, veía una luna esplendida a través de la ventana. Una extraña opresión en el pecho me hacía abrir la boca para tomar aire de vez en cuando sin conseguir apartar del pensamiento los ojos de almendra.

Daba vueltas y vueltas en la cama, hasta que decidí levantarme y buscar la compañía de mamá. Descalza caminé en la oscuridad rumbo a su habitación, me deslicé bajo las sábanas como tantas veces, despacito para no despertarla y como otras veces me di cuenta que ella tampoco dormía.

Me apreté a su cuerpo.

—Ya no eres una niña —me dijo en un susurro y acarició largo rato mi cabello, hasta que me dormí.

ÍNDICE

PRÓLOGO 7
1954 (la devastación) 13
SI MIS PAREDES HABLARAN (la casa) 21
HERMEREGILDA QUIÑÓNEZ RON 25
BAJO EL PARAGUAS 29
NÍVEA 32
MARÍA VALVERDE 35
LA TELEVISIÓN 38
DOÑA PERFECTA 43
MANUEL 47
NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES (el prófugo) .. 53
LA CASA ROSA 57
PARASOMNIA 63
SABINA 68
EQUINOCCIO DE PRIMAVERA 74
EL ECLIPSE 81
CEMPASÚCHIL 86
2 DE NOVIEMBRE 90
SUEÑO DE VERANO 95
EL ESPEJO 99
SECRETOS NOCTURNOS 102
EL CAMBIO 105

La edición del libro digital
A decir verdad
de *Cuqui Vázquez*
fue realizada por **Ediciones Línea Breve**
en el mes de enero de 2023.

ediciones línea breve